

salvajes y haciendo gestos, con el intento de aturdir y amedrentar á su adversario.

El campilán lleva pendiente del puño un llorón de cerda ó pita, el cual pasan, mueven y agitan ante los ojos de su contrario para desvanecerlo, á fin de herirlo mejor. Arrojan las lanzas y figas y los zumbilines á gran distancia con un tino admirable.

Traidores en el combate, procuran siempre la manera de atacar lo más ventajosa é impunemente posible. Es fácil vencerles en campo abierto, pero son temibles por sus emboscadas y sorpresas.

También usan armas de fuego de diversos sistemas, incluso de los mejores y más modernos, proveyéndose de ellas en sus excursiones á los pueblos cristianos ó comprándolas á los ingleses en Singapoore y en Labuán (1); pero son menos hábiles en su manejo.

Poseen cañones desde el calibre de 1 hasta el de 24, mostrando especial predilección por alguno de los que defienden sus *cottas* (fortalezas), pues abrigan la supersticiosa creencia de que él solo basta para destruir al enemigo. Se les han cogido culebrinas de 3 y de 4, y otras piezas muy abundantes y usuales entre ellos, llamadas *lantacas*, especie de cañón de 4 á 6 centímetros de calibre, que solamente admiten balas de 1 y de 2. Tienen cureñas muy ligeras de fabricación inglesa. Las que construyen los moros son pesadas, de la forma de las de plaza, con ruedas ó sin ellas, y para moverlas en todos sentidos, se valen de motones ó cuerdas, á semejanza de lo que se practica en los buques de guerra.

Fabrican pólvora y municiones de cobre y reciben de Labuán ó de Singapoore las cápsulas y toda clase de efec-

(1) Pequeña isla sobre la costa septentrional de Borneo.

tos análogos. Acostumbran á cargar las piezas hasta la boca, y cuando carecen de balas emplean piedras, clavos y pedazos de *taclobo*, de concha durísima.

Cuidan conservar los fuegos hasta que el enemigo está cerca, para hacer mejor la puntería y aprovechar los disparos de cañón.

En sus expediciones por tierra no utilizan la artillería, ó á lo sumo llevan falconetas ó lantacas. Estas piezas pequeñas ya hemos dicho que las fabrican ellos.

Son crueles con el vencido y rencorosos ó indiferentes para con el vencedor.

Carecen de caballería, pero no la necesitan, porque el terreno se presta poco para sus evoluciones.

Los pueblos principales están defendidos por *cottas*, cuyas murallas se componen de troncos de árbol estrechamente unidos, y de piedras, tierra y arena. Estos muros resisten toda clase de artillería. La altura de ellos varía de 10 á 15 pies, y su espesor de 5 á 20. Su planta es generalmente de forma de un cuadrilátero con baluartes y pequeños torreones en los salientes.

La organización militar de los joloanos reconoce por base el servicio personal desde los diez y seis á cincuenta años.

Anunciada la guerra, todo hombre libre tiene que cumplir el edicto y marchar á las órdenes de su jefe, armándose y manteniéndose á su costa, y seguido de sus criados y esclavos, á los que debe equipar y mantener.

Los vencedores tienen el derecho de repartirse las tierras y los bienes de los vencidos, cuyas mujeres é hijos, convertidos en esclavos, han de trabajar para sus nuevos amos.

El ilustrado coronel, teniente de navío de primera clase, D. Arturo Garín, comandante de la goleta *Sirena*,

en su Memoria sobre el archipiélago de Joló, fecha en la rada de este punto el 5 de Febrero de 1880, de cuya publicación hemos tomado algunos apuntes, suministra los datos que á continuación ponemos, relativos al número de hombres capaces para la guerra y la designación de los pueblos y rancherías donde habitan.

Grupo de Joló.—Isla Pata: Paulima Icong dispone de 600 hombres distribuídos en los pueblos de: Quiput, residencia del Paulima, sobre la costa NO.; Dandalí, Tandu-ubein y Buligau, id. id. N.; Tipbás, id. id. NE.; Licud y Tundaán, id. id. E.; Minapat y Tumeedá, idem id. SE.; Pirag-Pisag y Cayaguán, id. id. S.; Butá-Butá, id. id. SO.; Seinbanum, Tul-lin y Tungul, id. id. O., y Panpanmataas, Panpanmanalí, Cambují, Ninc-ninc y Canmanchú, en el interior.—Isla Kapual: Olancaya (ú Orancaya) Azulas, de 25 en el de Kapual, sobre la costa S.—Isla Bitinan: Imán Jasún, de 30 en el de Bitinan, id. id. O.—Isla Bujangan: Mandarin Bain, de 10 en el de Tanbanan, id.

Isla Joló: Cuartel del Norte.—Datto Pulá, de 200 en los de Moubou, sobre la costa, y Litayun, en el interior; Datto Asibí, de 200 en el de Taududagmay, id.; Naquib Uton, de 200 entre Bacun, id., y Paticolo, sobre la costa; Majarachdia Dais, de 800 entre los de Igassan y Taglibi, id., y Parang-parang, Tus, Bun-bun, Bunubung, Tubicbatú, Miñay y Paulayajan, en el interior; Paulima Chanchdali, de 100 en los de Lati, Purrul y Gogay, id.; Jatib Maliki, de 100 en los de Mabusing y Sual, id.; Paduca Mojamad, de 150 en los de Suoc, sobre la costa, y Tutin, en el interior; Majarachdia Nadgurain, de 250 en los de Cansipat y Lum-lum, sobre la costa; Datto Taukian, de 900 en los de Bulansi y Boal, id., y Batú-batú, en el interior; Paduca Abducajal, de 100 en

el de Limaná, id.; Ulancaya Asan, de 900 en los de Baybay y Tandú, id.

Cuartel del centro: Ulancaya Jaman, de 200 en el pueblo Tambac; Majarachdia Abdula, de 400 en el de Lantundulan; Naquib Bausá, de 50 en el de Higan; Iman Alani, de 500 en el de Pitogo.

Cuartel del Sur: Datto Jarim, de 300 en los de Sang y Caroudong, sobre la costa; Mandarín Dapí, de 200 en el de Pandang-pandang, id.; Majarachdia Siuna, de 50 en el de Tubiema, id.; Mandarín Jalaní, de 200 en el de Mabajay, id.; Mandarín Alpat, de 50 en el de Punningan, id.; Ulancaya Bagindá, de 300 en el de Maybung, residencia del sultán, id.; Mandarín Indanan, de 500 en el de Lagassan, id.; Majarachdia Dají, de 900 en los de Tapucan y Asin, en el interior; Mandarín Janarí, de 500 en los de Cabungut y Majala, id.; Mandarín Tabatlan, de 400 en el de Lumapit, id.; Sharib Abdula, de 100 en el de Ipil, id.; Mandarín Pandugá, de 200 en el de Dandulic, id.; Datto Daculá, de 500 en los de Batujabá, id., y Boalo, sobre la costa; Datto Jalón, de 400 en los de Lapá, id., y Luban, en el interior.

Cuartel del Este: Ulancaya Ali, de 50 en el de Lucuban, id.; Paduca Bulá, de 100 en el de Jubucan, id.; Naquib Sajiban, de 100 en el de Dapdinan, id.; Naquib Assang, de 150 en el de Canliunan, id.; Majarachdia Samjali, de 300 en los de Dan-dan, sobre la costa, y Piagó y Natú, en el interior.

Cuartel del Oeste: Satiá Asit, de 300 en el de Racsáa, id.; Iman Uachdia, de 200 en el de Puc-puc, id.; Mandarín Atay, de 200 en el de Batú-batú, id.; Paulima Mangumá, de 200 en los de Boansá, Tubicdato y Macandá, id.; Mandarín Taajil, de 200 en el de Cilancán, sobre la costa; Ulancaya Tarunan, de 200 en el de Seno-

gan, id.; Datto Unding, de 1.000 en los de Parang, id., y Lunangitung, Ilud, Launsúa, Suá y Bacud-bacud, en el interior; Mandarín Aubutun, de 800 en los de Banisá-guimba y Aló-guimba, id., y Banisá y Aló, sobre la costa; Salip Mujamat, de 200 en los de Candea, id., y Malimbaya, en el interior. Isla Patian: Mandarín Namlá, de 60 en el de Lijana, sobre la costa del N.; Palcasá Lingán, de 40 en el de Maanduc, id. del NO.

Las islas de Dong-dong, Talian, Bancungan, Suladde, Teomabal, Daumocan y Tamulian, pertenecientes al grupo de Joló, aparecen desiertas.

Grupo Tawi-Tawi.—Isla Ubian: Paulima Daudón, dispone de 80 hombres en el pueblo Bujidayan, sobre la costa N.; Paulima Amsaini, de 40 en el de Sungulan, id. O.—Isla Pomelean: Paulima Amsaine, de 10 en el de Pomelean, id. N.—Isla Tandubas: Paulima Atalat, de 45 en el de Tandubas, id.; Paulima Unga, de 30 en el de Sapá, id. S.—Isla Secubun: Paulima Yain, de 45 en el de Pamasan, id. E.; Naquib Canin, de 25 en el de Licut, id. N.—Isla Latuan: Paulima Yalan, de 30 en el de Latuan, id.—Isla Mantabuan: Majarachdia Ajam, de 20 en el de Mantabuan, id.—Isla Banaran: Paulima Sausanan, de 80 en el de Luuncan, id. E.; Paulima Bulquin, de 150 en el de Tungusum, id. N.—Isla Bilatan: Datto Machende, de 200 en el de Luucpagasinan, en el interior.—Isla Tawi-Tawi: Paulima Atal, de 100 en el de Balimbin, sobre la costa S. en la región del O.; Paulima As-sá, de 20 en el de Lucbunan, en el interior de la id. id.—Isla Bongao: Datto Amilasan, de 25 en el de Capug, en el interior.—Isla Simonor: Datto Amilasan, de 100 en el de Buindanad, sobre la costa E.; Paulima Timban, de 130 en el de Tungusuu, id. N.—Isla Síbutu: Datto Maamun,

de 80 en el de Sibusu, id. O.; Datto Salapuddin, de 150 en los de Butun y Laumenta, id.—Isla Tumindao: Datto Baguindá, de 100 en el de Tumindao, id.

Las islas de Tancolaluan, Loran, Manote, Pasegan, Kalupag, Sigboyé, Cacataan, Pandanan, Tambagaan, Simaluc, Cuad Basan, Bujimegie, Tigungun, Tandubato, Taruc, Banan, Daluman, Bas-bas, Tabulunga, Calva, Lamboc, Lupá, Buan, Papaag, Sanga-Sanga, Manuc-manca, Tataan, Sipancoli y Omapuí, pertenecientes al grupo de Tawi-Tawi, se hallan desiertas.

Grupo Tapul.—Isla Paquíá: Paulima Bulquin, dispone de 50 hombres en el pueblo Paquíá, sobre la punta SO. de la costa.—Isla Tapul: Paulima Sayari, de 300 en los pueblos de Caunpau, residencia del Paulima, sobre la costa NO., Taina y Canasá, id. N.; Caumanun, Cangaubin, Causanaguit y Bacunalan, id. del E., y Putinun, Launpatou, Bungluin, Tubicsuá, Tulacan, Audijí y Say-say, en el interior; Satiá Anuddin, de 200 en los de Pooc, Ticbás, Tulingau, residencia del Satiá, y Tabunan, sobre la costa O.; Bagdin, sobre la punta SO.; Tausau y Sibugo, sobre la costa S.; y Cayaguan, Anulin y Bucau, en el interior.—Isla Lugus: Majarachdia Sacaudal, de 30 en el de Larap, sobre la costa N.; Majarachdia Susucan, de 40 en los de Lugus y Tincanau, respectivamente, id. NO. y S.—Isla Lamenuza: Datto Alihunding, de 80 en el de Gusun, sobre la punta NO. de la costa.—Isla Nauca: Paulima Aminud-diu, de 40 en el de Panungan, sobre la costa N.—Isla Paranang: Paulima Tajamil, de 30 en el de Buliculul, id. O.—Isla Tara: Mandarin Laquic Muddin, de 30 en el de Tara, id. E.—Isla Siasi: Datto Puyo, de 130 en los de Sipandin y Cauchina, id.; Datto Sancula, de 100 en los de Laton y Muldás, id. O., y

Murve, id. SO.; Datto Amilusin, de 100 en los de Siondo y Yambaunan, id. NO.—Isla Lapac: Datto Amilusin, de 100 en los de Pandami, id. O., y Lapac, id. S.—Isla Shedand: Paulima Aminutla, de 80 en el de Bacal, id. E.

Las islas Cabingaan, Taluc, Sibihing, Tapaam, Setun, Parangaan, Maniacolat, Maglumbra, y Bubuan, del grupo de Tapul, aparecen desiertas, así como las islas Manubol y Cacataan, que sólo habitan los moros en la época de pesca.

Grupo Pangutarang.—Isla Marougas: Ulancaya Amilusin, dispone de 20 hombres en el pueblo de Cabucan, sobre la costa O.—Isla Pangasina: Sman Bagim, de 20 en el de Pangasina, id. E.—Isla Bubuan: Ulancaya Paraca, de 35 en el de Rubuan, id.—Isla Palliagan: Ulancaya Minusin, de 30 en el de Kabuncan, id. O.—Isla Tubigan: Iman Abdú, de 50 en el de Tubigan; idem S.—Isla Pangutarang: Jabin Tuntun, de 25 en el de Pujapat, id. E.; Paulima Balad, de 25 en el de Lunc, id. N.—Isla Panducan: Satiá Mujamad, de 25 en el de Alo, id.; Ulancaya Mat-tang, de 25 en el de Balobó, id. O.—Isla Ubian: Paulima Canán, de 80 en el de Ubian, id. S.; Pajalaoan Tibou, de 20 en el de Suanguna, id. E.—Isla Usada: Majarachdia Mamay, de 20 en el de Usada, id. O.—Isla Bas-Bas: Datto Ampin, de 40 en el de Bas-Bas, id. N.

Las islas Tubalubuk, Lambu, Hegad, Minis, Pantocunan, Teomabal, Kulassein, Aicut, Gunilan, Malicut, Sipang y God, pertenecientes al grupo de Pangutarang, aparecen desiertas.

Grupo Tagbabas.—Las islas Baubanan, Manmanuk, Dasaan, Sangaan, Dammy, Dato-bato, Cap, Laparan, Doc-can, Deoto-bato, Kinikejan, Tagbabas, Uwaan y

Billanguan, del grupo de Tagbabas, aparecen desiertas.

Grupo de Balanguingui. — Isla Bucutua: Paulima Pata, dispone de 50 hombres en el pueblo de Bucutua; Ulancaya Baling, de 20 en el de Baytbait.—Isla Tonquil: Paulima Gumbajali, de 90 en el de Tonquil; Majarachdia Ariná, de 50 en el de Looc, puntos todos situados sobre la costa N.—Isla Sipac: Paulima Janauí, de 50 en el de Sipac.—Isla Bangao: Majarachdia Quivic, de 25 en el de Bangao, ambos sobre la costa O.—Isla Maningut: Majarachdia Bausaguan Lintiucan, de 50 en el de Maningut, sobre la costa del S.

Las islas Balacian, Mamud, Farol, Balanguingui, Mamanoc, Tuncalau, las dos de Bolod y la de Simiza, pertenecientes á este grupo, aparecen desiertas.

Grupo Kecupoussan.—Isla Labawan: Mandarín Babuddin, dispone de 25 hombres en el pueblo Sicut, sobre la costa N.; Naquib Jamarán, de 35 en el de Panpan, id. E.

Las islas Kecupoussan, Bintoulan, Magpeos, Tagao y Nusa, de este grupo, aparecen desiertas.

Cagayán de Joló.—Naquib Kiat, dispone de 25 hombres en el pueblo de Siabón, sobre la costa S.; Naquib Kanoos, de 50 en el de Tinucán, id.; Majarachdia Yutúm, de 100 en los de Tanduan y Pahuan, id., y Mampalán en el interior; Ulancaya Taa, de 120 en el de Nangai, sobre la costa N.; Datto Yamarol, de 120 entre los de Ungos, id., y Canupán en el interior.

Despréndese de los precedentes datos, que el efectivo de que disponen ordinariamente asciende á 18.410 hombres, todos aguerridos y valerosos. Distínguense entre ellos unos fanáticos que llaman *juramentados*, por que atacan decididos á vencer ó morir, arrojándose contra las fuerzas contrarias, por numerosas que sean, sin re-

troceder nunca hasta caer muertos. Estos creen ciegamente que vuelan al paraíso de Mahoma, á disfrutar de los goces que encierra.

Los moros tienen ojos oscuros, rasgados horizontalmente y entornados, cejas poco pobladas, cara enjuta, pómulos abultados, nariz roma, labio fino, cabeza redonda y pequeña, rala la barba ó ninguna, media estatura, cintura fina y regulares espaldas, tez amarillenta y pálida, se afeitan la cabeza, y los que no, lucen un pelo negro y áspero; se liman y tiñen de negro los dientes, y es muy general que tengan las piernas torcidas hacia afuera, por consecuencia de vicio adquirido en la niñez.

La fisonomía de los moros de Joló, Mindanao y Borneo, y su color y estatura, tiene gran semejanza á la de los malayos. Muchos presentan rasgos de la raza árabe, indostánica y mongólica, lo que revela que ha habido desde tiempo muy remoto una inmigración constante de las razas continentales. Los más de ellos son ignorantes, holgazanes, astutos y malvados. Su traje consiste en un ancho calzón hasta la rodilla, una chupa con mangas estrechas de tela ligera, que en nada embaraza sus movimientos, y un manto (jabul) grande y cosido al ancho, que sujetan por bajo de los sobacos con pliegues sobre el pecho y que les cubre el cuerpo hasta las corvas. En la cabeza llevan un pañuelo arrollado á manera de turbante. Los dattos usan estas mismas prendas, de seda galoneada de oro ó plata, y cierta especie de gabán con mangas anchas, abierto en sus extremos.

Su idioma es una derivación de la familia de las lenguas indias, parecido al buguí, que se compone de sanscrito como raíz, con mezcla de árabe y malayo. Algu-

nos chapurrean el español que aprendieron cuando residían allí religiosos ó que les enseñaron los renegados que moran en Joló.

Cuentan por lunas, su año es el embolismal y el tiempo lo refieren á la Hégira.

Ya indicamos cómo llaman á los días de la semana al ocuparnos de los moros de Mindanao.

La enseñanza entre ellos es individual y privada.

Los moros habitan en las costas y á orillas de los ríos, esteros, lagunas y pantanos. Construyen sus casas sobre harigues, dentro del mar, comunicándose con la playa por medio de ligeros puentecillos de caña, tan inseguros, que parece imposible resistan el peso de un hombre. En el interior las cercan con arte por medio de estacadas y árboles; pero son pequeñas, pobres y carecen de elegancia y solidez.

Todos los malayo-mahometanos son extraordinariamente sobrios y frugales. La base de su alimentación es, al igual que en Filipinas, la *morisqueta* (arroz cocido en blanco) y todo género de viandas: carnes, pescados, legumbres, hortalizas, frutas, édulas al natural y en dulce, con la sola prohibición del cerdo. Beben el vino de tuba, que han introducido entre ellos los cautivos.

La cáscara de tanal, árbol que se cría en el mangle, puesta en infusión con la tuba, les da una bebida fuerte y fermentada que, aun tomándola sin exceso, produce la embriaguez.

En tierra beben el agua de los manantiales, de los arroyuelos y de los pozos. Cuando navegan introducen en el mar una *banga* ú olla vacía, hecha de un barro especial, que desvirtúa algo lo salobre del agua al penetrar por sus poros. En último caso la beben del mar, pues están acostumbrados á ella desde pequeños.

Sus provisiones consisten en un poco de arroz ó maíz, frutas cogidas en el bosque, yerbas del llano ó pescadillos de los ríos. A orillas de todos los ríos, esteros y ensenadas abunda el burí, cabo negro, palavan, baylacoc, barote, corote ó casabe, y otras muchas raíces que constituyen para ellos grato alimento.

Las reses y aves ha de matarlas un imán, haciendo lo que llaman *sumbali*, que consiste en introducir el cuchillo por el cuello del animal, sacarle en tres tiempos, inclinando el mango hacia abajo, y recibiendo la sangre en un hoyo abierto expreso.

No comen la carne del cerdo ni la de la tortuga, pero sí los huevos de ésta.

Su religión es el islamismo.

Entre los sacerdotes de su culto parece ser que reconocen estas categorías: *Kaali*, *alip*, *imán*, *jali pá*, *Katib* y *bilal*. Su influencia no es grande. El sultán puede degradarlos si no cumplen bien su ministerio; llevan por único distintivo la punta del pañuelo ó turbante colocada al costado izquierdo, y no están exentos de las obligaciones comunes á los demás ciudadanos.

El viernes, que es el día consagrado, tienen obligación de asistir al culto público (*sambajayan*) y á las oraciones ordinarias de la mezquita (*jutbá*), recitadas por un imán. Previamente practican abluciones con agua, que á prevención llevan en vasijas de metal, consistiendo en meter tres veces las manos dentro de ella, humedecerse la boca y la nariz, mojarse la cabeza, la cara y las plantas de los pies, acompañando estas aspersiones con las jaculatorias del rito. Cuando en el interior de la mezquita hay más de cuarenta hombres libres, el *jatib* lee una parte del *mustá*. Hecho esto, pueden dedicarse á sus faenas habituales. Esta litur-

gia únicamente rige en la mezquita del sultán, pues en el *langá* de los otros pueblos está vedado leer el *mustá*.

Para congregar á los creyentes dan fuertes golpes con un baquetón sobre una enorme pandereta que llaman *gandáng*.

Su única solemnidad religiosa, ó sea el *maulud*, dura una noche y un día en la corte del sultán, y sólo una noche en los demás puntos. Consiste en reunirse todo el pueblo dentro de un camarín levantado de exprofeso, donde se lee el *maulud*, ó sean salmos en loor de Dios y de su profeta, y en comer á expensas del sultán ó del que da la fiesta, quienes al terminar distribuyen una limosna (*saracka*).

En el mes de ramadán (*puasa*) observan riguroso ayuno desde la salida hasta la puesta del sol, y no comen, ni fuman, ni beben, ni mascan buyo, siendo tal su escrupulosidad, que durante esas horas ni acarician á sus mujeres ni besan á sus hijos.

Reconocen el deber de la peregrinación á la Meca, pero son muy pocos los que la realizan.

El *Kitab* lo tienen depositado en Taglibi en poder de Tuanarip, el que lo lee en circunstancias determinadas.

Según el autor anónimo del manuscrito publicado por el Sr. Barrantes con el título de *Guerras piráticas de Filipinas*, la religión de los moros consiste en «ritos adulterados del mahometismo, que practican indiferentemente el viernes ó sábado, besando diversas veces el suelo cuando rezan, mientras otros hablan, cantan, juegan, ó se ejercitan en el manejo del arma blanca.»

Don Patricio de la Escosura, en su Memoria sobre Joló, dice que «los moros joloanos no tienen grande

espíritu de secta y proselitismo, sino más bien los vicios, holgazanería, aversión y menosprecio al trabajo de los musulmanes africanos;» y así es en efecto.

Los matrimonios se efectúan de ordinario, en toda la sultanía de Joló, á poco de llegar las hembras á la pubertad.

Consideran la circuncisión como de derecho divino, sin la cual no es permitido contraer nupcias. La verifican desde los seis hasta los diez y seis años, tan luego el niño puede pronunciar la fórmula de la fe.

Cuando un pretendiente ha obtenido el consentimiento de los padres de su amada, se presenta al imán y recita de corrido ciertas oraciones.

Marcha al instante á casa de su prometida; simula fuerte lucha contra los parientes y convidados, en la que sale vencedor, y les reparte mil fruslerías: entonces le franquean la entrada, acompañándole el imán: la novia aparece reclinada en un cojín; el sacerdote coge á la novia por la cabeza y la obliga á dar dos vueltas, colocando acto seguido la mano derecha del novio sobre la frente de su prometida, la cual oculta el rostro entre las manos y baja la cabeza en señal de rubor: el novio procura besarla; pero ella lo impide defendiéndose airadamente. Pasados tres días de *bicharas*, danzas, músicas y comilonas, los padres ó hermanos del pretendiente obtienen el permiso para que la desposada vaya á habitar la casa del marido, en donde la dejan.

La poligamia está permitida, pudiendo tener cada moro hasta cuatro esposas bajo el mismo techo, y además cuantas concubinas les permita sostener su posición.

El adulterio, cogido *in fraganti*, puede castigarse con la muerte. Y en otro caso, el marido es árbitro de cas-

tigar á la culpable cortándole una oreja ó raspándole la cabeza, y rebajándola á la condición de esclava ó criada.

También suelen arreglarse el seductor y el ofendido mediante el pago á éste de una multa. El marido es dueño de sostener relaciones ilícitas con otras mujeres, sin que su esposa ó concubina tenga facultad de perseguirle. Está permitido el repudio; la repudiada pierde todo derecho con relación al que fué su esposo, pero los hijos lo conservan á la hacienda que de uno y otra les corresponda.

Próximo el embarazo á su término, el imán pronuncia ante la paciente las oraciones de rúbrica, y verificado el parto tiene lugar el bautizo (guntin), consistente en recitar ciertos versículos del Corán, cortar al recién nacido el cabello y echar éste dentro del agua de un coco tierno, abierto expresamente por la mitad. El nacimiento se celebra con banquetes y gran algazara y músicas.

Para la asistencia en sus enfermedades se valen de curanderos ó herbolarios, quienes se transmiten sus conocimientos de unos á otros.

La incontinenia de los moros y su vida indolente, les acarrea una decrepitud prematura, en especial entre las clases acomodadas.

Al fallecer algún joloano, acude el imán á la casa mortuoria y lava el cadáver; la familia lo viste de blanco y, colocado en un tosco ataúd, es conducido al cementerio (cubul), leyendo el imán las formas rituales antes del sepelio.

El novenario es una serie continua de juegos y comidas, sin olvidar al difunto, sobre cuya tumba colocan su correspondiente comida.

El varón hereda doble parte que las hembras. Los hijos se consideran legítimos, sean de la esposa ó de la concubina. En las herencias sin sucesión, las mujeres son preferidas á los padres del causante.

Una de las más agradables ocupaciones de los moros es la caza del venado, cuyo ejercicio ejecutan á caballo, valiéndose de escopetas y de dardos, procurando sobresalir en agilidad y destreza.

La lucha de gallos es otra de sus diversiones favoritas, como en las islas Filipinas.

También la riña de carabaos excita todo su contento. Efectúase colocando dos machos al lado de una hembra, á los que sueltan en el momento del celo. Ambos se acometen con extraordinario furor, y luchan sin descanso hasta que uno huye ó muere. El vencedor celebra su triunfo cubriendo á la hembra.

Sus otras diversiones ordinarias son: los juegos de naipes, las luchas entre sí, las danzas guerreras ó *sayan*, que en Filipinas llaman moro-moro; los bailes voluptuosos de las mujeres, al compás del *culintanga*, instrumento formado de 10 agons pequeños, arreglados á diferentes tonos, en que no solamente luce su habilidad la que mejor maneja los palillos, sino la bailadora con sus lascivos movimientos y febril agitación.

Sus demás usos, costumbres y prácticas de la vida, guardan perfecta analogía con lo relatado respecto á los malayo-mahometanos de Mindanao.

La población de Joló, propiamente dicho, se calcula en 1.500 almas, y la de Tawi-Tawi en 3.800. El total de habitantes del archipiélago se cree exceda de 200.000.

Joló está situado en un frontón de costa, en figura de media luna, cuyos extremos lo forman la punta Diangapit y la de Matanda. Dicha isla es alta. La pobla-

ción se halla en la parte N. Dista de Manila unas 622 millas; de Zamboanga 60, y de Basilan 9.

En Joló existe actualmente un gobierno político-militar, á cuyo frente se halla un coronel.

En Siasi, Bongao y Tatoan, hánse establecido comandancias militares, á cargo cada una de un capitán.

El sultán de Joló reside en Maibung ó en una de las islas más al interior.



ISLAS ADYACENTES Á BORNEO.

ISLA DE LA PARAGUA.

La isla de la Paragua, por su admirable posición geográfica, la fertilidad de su suelo, sus abrigados puer-tos, su proximidad á las posesiones inglesas y holande-sas, su ventajosa situación para sostener un activo trá-fico con dichos países, y por las razas que la pueblan, merece ser descrita con alguna amplitud, no obstante su relativo atraso por lo escasamente atendida que ha sido siempre; y bien acreedora es á que el Gobierno, penetrado de la importancia suma de dicha isla, le con-ceda preferente atención y procure, mediante los pode-rosos medios que están á su alcance, elevarla al prós-pero estado que debe ocupar en el por tantos títulos rico y valioso Archipiélago de Filipinas.

La Paragua, que es la más occidental de las Filipi-nas, hállase situada al SO. de Calamianes, de cuya provincia forma parte, y al N. de Borneo, entre los 7° $14'$ y 12° $28'$ de latitud N., y los 122° $48'$ y 125° $12'$ longitud E. del meridiano de Madrid.

Mide 429 kilómetros de extensión y 14.584 kilóme-tros cuadrados de superficie. En Taytay, pueblo cuyo territorio y sus visitas fué cedido á España en 1751 por el sultán de Borneo, situado al N. de la Paragua, se

halla la capital de Calamianes. Dista de Manila 270 millas.

Montes.—Una cordillera de considerable elevación, se extiende del N.E. al S.O. en toda la longitud de la isla, distinguiéndose algunas de sus montañas cuya altitud sobre el nivel del mar es de 2.086 metros.

Ríos.—Cuenta la Paragua multitud de ríos que nacen en la cordillera central, dirigiéndose á las costas del E. y O., con un curso de 28 á 32 kilómetros, en razón á ser la isla bastante estrecha. Los más caudalosos son el Ignagí y el Irahuan.

Reino mineral.—No estando suficientemente explorada esta isla, ni habiéndose practicado los estudios necesarios en las montañas y puntos á propósito del interior, poco puede decirse con respecto á su riqueza mineral, pero indicios indudables demuestran que tan vasto territorio contiene la mayor parte de los minerales y metales que se conocen en el resto del Archipiélago filipino.

Hasta ahora, lo que se puede asegurar es que existe la piedra pizarrosa, dura y consistente, ó sea roca marina, presentando en sus extratificaciones gran cantidad de hierro y de sulfuro.

La piedra granítica se halla asimismo con profusión, pero blanda y porosa.

La roca madreporica, que en general constituye la base y cimiento de las costas, abunda y se utiliza mucho en la fabricación de cal.

El plomo y el antimonio aparece en forma de plomagina ó en piritas menudas en los grandes aluviones, lo cual prueba su existencia, y positivamente, no carece esta isla de otros productos mineralógicos, que sólo será dable conocer cuando haya sido explorada por completo.

Reino vegetal.—La flora forestal de la Paragua puede competir dignamente con la general de Filipinas, abundando de un modo considerable las maderas denominadas: alopai, amuguis, arsonan, apiay (desconocida en Luzón), batino, bolonguita, camagón, camaguán, cisé (desconocida en Luzón), malandugat ó malanduhat, malabaguat, mansalaguín (desconocida en Luzón), molave, narra, palma brava, palusapi, pelletán, tangán é ipil, existiendo también, aunque con menos abundancia, las llamadas acle, bancal, calantás, calumpit, dongón, ébano, lanete, landang, mangachapuy, malapajo y tanguili.

Además de estas maderas de construcción y de poseer las del alcanfor y el sándalo, hay muchos mangles, utilizándose en gran escala sus clases principales, ó sea las llamadas bacanan, tangal y langhoray.

La producción de bejucos es extraordinaria, y señaladamente abundan el palasan, la caña espino, la caña bojo, y en los bosques la apreciadísima para bastones conocida por caña de Indias.

La nipa, tan útil y necesaria en las poblaciones indígenas, cubre por completo las orillas de los ríos y canales; los cocoteros forman espesos bosques, surtiendo de su fruto y multiplicados productos á los naturales: la almáciga, la goma copal y otras resinas, la cera que en sus bosques se halla, y mil otros productos, hacen que el reino vegetal de la Paragua no tenga nada que envidiar al de las otras islas oceánicas, siendo susceptible de ventajosa explotación y mayor acrecentamiento; y por último se cosecha en sus campos buen tabaco, excelente arroz, y todo género de frutos y legumbres.

Reino animal.—Cuenta la Paragua todos los anima-

les útiles que son comunes al Archipiélago filipino, siendo de notar la fecundidad con que procrea el ganado vacuno y de cerda y las cabras y búfalos, merced á los riquísimos pastos que la isla posee.

No se conocen ciervos, venados ni antílopes, debido, según cuentan los indígenas, á que cierto perjudicial cuadrúpedo roedor llamado *bantoc*, los mata con facilidad por medio de una secreción de gases mefíticos.

El cerdo de monte abunda extraordinariamente en los espesos bosques de la cordillera principal.

Las gallinas y patos caseros son, asimismo, abundantísimos, y los montes y bosques hállanse poblados de faisanes azules, de gallinas montaraces, de multitud de papagayos de variados colores, de hermosas tórtolas verdes, blancas y color castaña, de ruisseños, pavos reales, etc., etc., mereciendo especial nota la golondrina salangane, á que en el país llaman *lamlam*, cuyo nido, tan apreciado de los chinos, elabora con profusión en las cavernas de la Paragua é islas adyacentes.

La pesca de buena clase constituye también gran parte de la riqueza del reino animal, debiendo citar, por último, las perlas, que se recogen en sus costas, donde abunda la *avícula margaritifera*.

Industria y comercio.—La fabricación de tejidos del país, es fácil aclimatlarla, teniendo en cuenta la abundancia de materias textiles. El corte de la caña llamada de Indias, la recolección del valioso nido, la pesca y exportación del balate, cuya calidad encomian los compradores, el bejuco, la cera y la almáciga, son hoy los principales objetos de su industria y comercio, pudiendo aumentarse una vez desarrollado en mayor escala el cultivo del café, del cacao, la caña dulce, el tabaco y demás artículos, de que tanto puede prometerse tan rica provincia.

Población.—Razas salvajes.—En la isla de la Paragua se notan tres castas distintas, conocidas con los nombres de *tagbanuas*, *tinitianos* y *bulalacaunos*, dignas de ser descritas.

Los tagbanuas se asemejan á los malayo-mahometanos de Mindanao, pero no profesan sus mismas creencias religiosas.

Existen, según ellos, espíritus buenos y malos, encargados de premiar ó castigar á los mortales, y suponen que el bueno descansa en paz á su muerte, en tanto que el malo vaga eternamente por los espacios, presa de grandes tormentos.

El traje de los tagbanuas consiste en un calzón estrecho por abajo, una chaquetilla azul con cuello de colores vivos y un pañuelo arrollado á la cabeza, á estilo moruno.

Su agorero ó sacerdotisa, *babailan*, que puede ser de uno ú otro sexo, tiene la facultad de evocar los espíritus, auxilia á los sanos con sus consejos y á los enfermos con medicinas, y dirime las contiendas.

El modo de contraer matrimonio entre estos salvajes, no puede ser más sencillo.

Cuando á un soltero agrada alguna mujer, va á su casa, sin previo aviso ni la aquiescencia de ella, y la obsequia con platos de barro vidriado muy toscos. Según los admita ó rechace se celebra ó no la unión de ambos.

Concertada la boda el *babailan* y el novio acuden á casa de la prometida de éste el día de antemano señalado, seguidos de multitud de personas, cuya algazara es indescriptible. Sacan á la doncella de su casa, y poco menos que en triunfo la conducen á la morada de su futuro, donde les aguardan las familias de los contra-

yentes, los deudos y convidados. Los novios toman asiento sobre un petate ó esterilla en que se ve un plato de los que constituyeron el regalo, lleno de morisqueta. La enamorada pareja se dirige por un rato cariñosas miradas, y á seguida el varón coje con los dedos de la mano derecha un puñado de morisqueta y lo pone suavemente en la boca de la hembra: ésta repite con él igual operación y la boda queda realizada. Significa esa fórmula que deben mutuamente mantenerse el uno al otro.

El babailan prorrumpe entonces en alegres alaridos que la concurrencia toda repite y comienza la comida, las libaciones, el canto y el baile, terminando la fiesta por la total embriaguez de los congregados.

Cuando fallece alguna persona principal, depositan el cadáver en el piso de su propia casa, bajo hojas de palmas, ponen junto á aquél sus armas y ropas, y cercan la casa con alta empalizada, quedando así hasta su completa descomposición.

Los restantes individuos son enterrados en una especie de cementerio entre dos troncos huecos de forma de canoas, cuyo sitio respetan mucho.

Las personas que por sus excelentes prendas merecieron en vida la consideración y el respeto de todos, son colocadas en un féretro, cuidadosamente cerrado, y suspenden éste de las ramas de algún árbol corpulento.

El babailan y sus acompañantes y los parientes y amigos del difunto, gritan, lloran y dan vueltas alrededor del muerto para ahuyentar los malos espíritus.

Los tagbanuas son dóciles, pero muy poco amantes del trabajo.

Los *tinitianos*, residentes al N. de la ensenada de Ba-

buyán, tienen análogas costumbres que los tagbanuas, pero son menos sumisos y hospitalarios.

Creer en un Sér Supremo, que llaman *Banna*, y en espíritus inferiores ó *divatas*.

Cuando una mujer está próxima á dar á luz, su marido esgrime constantemente sus armas, dando al aire sendos mandobles para ahuyentar á los espíritus malignos, costumbre y creencia muy general entre los salvajes.

Para los casamientos é inhumaciones practican ceremonias parecidas á las de los tagbanuas.

Los tinitianos penan el incesto con extraordinario rigor. Una vez que los ancianos, constituídos en tribunal á la sombra de algún árbol donde á su juicio residen los espíritus benignos, han pronunciado la sentencia de muerte, atan á la culpable boca abajo en una jaula hecha con grandes maderos, y encima de ella, en sentido contrario, al hombre; rellenan el fondo de la jaula de gruesas piedras, y prorrumpiendo todos los espectadores en gritos y maldiciones, la trasladan en una embarcación á alta mar, y allí la arrojan para que perezcan ahogados.

El adulterio se castiga aplicando á la culpable tantos palos como el marido exija, y al adúltero con una multa consistente en determinada cantidad de víveres, herramientas ó utensilios de cocina, y para borrar la mancha que sobre la tribu ha caído, matan un gallo; los asistentes mojan un *buvo* en la sangre, y lo comen, quedando ilesa con este ceremonial la honra del agraviado, quien vuelve á su casa con la vapuleada cónyuge, así como el adúltero se va tan tranquilo á la suya.

Si sobreviene alguna epidemia, construyen un pequeño barco de una sola pieza, con su correspondiente apa-



rejo y bandera. Lo llenan de arroz, buyo y agua, y lo lanzan al mar con la idea de que los espíritus malignos puedan irse en él y no volver, puesto que llevan provisiones para el viaje.

Como atribuyen todas las enfermedades y males que les afligen á los espíritus, de ahí que procuren contentarlos por medio de actos análogos al anterior, á fin de verse libres de sus maleficios.

Los *bulalacaunos* moran en la parte N. de la isla de la Paragua y en el grupo de las Calamianes. Su color es oscuro, cetrino, nariz aguileña, pelo ligeramente crespo y alguna barba. Su constitución es endeble, pero son ágiles y valerosos.

Los hombres usan por única vestidura el *bahaque*, y las mujeres una especie de túnica de seda azul.

Su principal alimento consiste en unas tortas llamadas *corotes*, hechas con el tubérculo *córot*, macerado durante dos días en agua del mar, y mezclado después con las hojas de la misma planta.

Creer, como los tinitianos, en espíritus buenos y malos, y para conocerlos y tenerlos contentos practican ceremonias análogas á las de los demás salvajes de la Paragua; y lo mismo acontece respecto á los casamientos, con la diferencia de que ambos contrayentes estrellan contra el suelo una *banga* ú olla de barro nueva, jurando separarse únicamente el día en que se junten los pedazos de la banga, volviendo á quedar entera.

Gobierna las rancherías de los bulalacaunos el más hábil y esforzado de la tribu.

Sus casas ó *cayang* son una especie de tiendas de campaña, de simples hojas de nipa ó de burí, fáciles de transportar arrolladas cuando emigran de un punto á otro. Sus armas son la lanza de asta de palasan con pun-

ta de hierro, flechas envenenadas y las *sumpits* ó cerbatanas.

La caza de pájaros, en que son muy diestros, y la de puercos monteses; la pesca de la tortuga y del balate, constituye su industria y el alimento de los principales de la tribu.

El que cae enfermo de gravedad ó de males contagiosos, es conducido á una choza lejana donde le abandonan, aunque dejándole agua y alimentos. Si muere, incendian la cabaña para que perezca con ella la enfermedad.

Son muy supersticiosos, atribuyendo cuantas calamidades les acontecen al *Tauo Satolonam*, terrible espíritu del mal, cuya malévola influencia tratan de atenuar ahuyentándolo por medio de la quema de cierta alga marina.

En cuanto el pájaro *quilit-quilit* canta, tiemblan como azogados, temerosos de las muertes y desgracias que anuncia.

Sus embarcaciones son pequeñas, toscamente hechas y sin la menor clavazón de hierro, por considerarlo de muy mal agüero.

Son encarnizados enemigos de los piratas moros, quienes á su vez procuran sorprenderlos y conducirlos prisioneros (1).

Según un interesante artículo del gobernador de la Paragua, D. Jacobo Alemán, la población civil de esta isla en 1877 era de 210 hombres (incluso 35 chinos dedicados al comercio), 160 mujeres, 71 niños y 58 niñas, que hacen un total de 499 personas, y la militar se com-

(1) El Sr. Baamonde y Ortega, residente en la Paragua, publicó en 1876, en la *Revista de Filipinas*, unos curiosos artículos relativos á las costumbres de los salvajes, de que hemos dado noticia.

ponía de 171 individuos del ejército, 95 de la marina y 45 presidiarios, ó sean 311.

No menciona el número de habitantes de las ranche-rías infieles, algunas de las cuales, como las vecinas del río Ignagi, son bastante numerosas.

Los edificios públicos en Puerto Princesa eran, en dicho año, 97, y el movimiento de cabotaje ascendió á 141 embarcaciones entradas y salidas.

Gobierno.—El de la Paragua está á cargo de un capitán de fragata, jefe á la vez de la división naval allí establecida. Esta isla y sus adyacentes deben constituir un gobierno en absoluto independiente del de Calamianes, cuya capital sea Puerto Princesa, en razón á su grande y seguro puerto, á su situación y por la facilidad de establecer comunicaciones con la costa opuesta, así como por la riqueza de sus bosques y de sus mares. La dependencia del gobierno de Calamianes, tan distante, sin fáciles medios de transporte ni buenas vías de comunicación, es inconveniente á todas luces y debe desaparecer pronta y definitivamente, con lo cual ganarán mucho todas las islas que rodean á la Paragua, y principalmente esta hermosa región.

ISLA DE BALABAC.

La isla de Balabac se halla situada al S. de la Paragua, formando con la de Bangui el estrecho de su nombre, de unas 28 millas de anchura.

Límites.—Confina al N. con el grupo de islas existentes al S. de la Paragua; al E., con el mar de Mindoro y las islas de San Miguel; al S., con las de Bangui y Balambangán, en la costa N. de Borneo, y al O., con el mar de China.

Extensión y superficie.—Se extiende sobre 32 kilómetros de N. á S. y 21 de E. á O., viniendo á tener 370 kilómetros cuadrados de superficie.

Clima.—En general bueno. La temperatura fluctúa entre los 18° y 30° centígrados.

Terreno.—El suelo de Balabac es, como el de todo Filipinas, muy fértil.

Orografía.—Cruza la isla de N. á S. una serie de montañas, distinguiéndose la llamada Balabac, que mide 2.028 pies sobre el nivel del mar.

Puertos.—El de Calandarang, muy bueno, y el de Balabac, excelente durante la monzón del SO.

Minas.—A 11,14 kilómetros de la capital existe una cuenca carbonífera, abundante y de buena calidad, que en su día será de gran porvenir para esta isla.

También se asegura que en el territorio que ocupan los moros hay una mina de mercurio nativo.

Productos forestales.—Abundan muchas de las excelentes maderas de los trópicos, y las gomas, resinas, almácigas, materias colorantes, textiles, plantas medicinales, cera y miel.

El reino animal ofrece analogía al de todo Filipinas. El *Pelandoc*, del género *Moschus*, abunda en Balabac. La especie filipina *Moschus Piginceus*, L. es muy elegante y airosa.

La instrucción, agricultura, ganadería y producción son limitadas.

Población.—La población, compuesta en su casi totalidad de militares y penados y algunos chinos, asciende á 700 almas.

En las rancherías de Dalanan, Pásig, Catagupan, Sabor, Agutayan, Tucanigalo, Panaan, Cabuligan, Carandurin y Singalo, esparcidas por la isla, habitan

unos 1.200 moros. Éstos son de carácter pacífico, y su habitual ocupación es la pesca y la caza.

Es extraño no se les haya sometido á España, cuando tan fácil sería lograrlo, dadas sus condiciones.

Gobierna á esta isla un oficial de la armada, de la categoría de teniente de navío de primera clase, que es además jefe de la estación naval. La parte religiosa corre á cargo de un recoleto.

Balabac dista de Manila 510 millas; de Zamboanga, 355, y de Borneo, hacia el S., unas 50.

DATOS ESTADÍSTICOS.

PROVINCIAS.	SUPERFICIE EN HECTÁREAS.				PROPIEDAD URBANA.				Valor de la propiedad rústica. — Pesos.	
	Urbana.	Rústica.	Incultas.	Forestal.	Total.	Casas de mam-posteria.	Renta.	Casas de nipa.		Renta.
Zamboanga.....	17,73	228,04	1.905,23	2.982.545	2.984.696	5	4.000	1.562	26.343	66.779
Misamis.....	9.003,40	24.008,04	72.025,96	993.153	1.098.106	13	3.240	5.594	33.504	103.260
Surigao.....	84,12	7.615,60	20.520,28	1.041.970	1.070.190	11	3.360	6.082	36.492	135.500
Bislig.....	29,73	156,24	10.601,03	430.507	441.291	2	600	1.668	10.008	»
Davao.....	2,26	3174	741,00	1.048.576	1.049.333	4	480	199	1.116	180
Cottabato y Pollok	72,45	12.645,75	429,80	503.249	1.829.397	3	1.200	104	626	»
Basilan.....	1,19	2,67	3,15	68.320	68.320	6	456	70	480	2.400
Calamianes.....	86,03	3.829,14	447,20	1.678.820	1.683.783	»	»	1.924	11.000	3.642
Balabac.....	18,38	416,00	7.115,48	24.800	32.350	4	10.730	30	180	»
TOTAL.....	9.323,29	48.995,82	1.428.699,43	8.771.932	9.256.956	48	24.066	17.233	120.409	311.761

EDUCACIÓN PRIMARIA.

PROVINCIAS.	ESCUELAS DE NIÑOS.				ESCUELAS DE NIÑAS.								
	Es-cuelas.	Concu-rrentes.	Leen.	Leen y escriben.	Hablan español.	No sa-ben nada.	Es-cuelas.	Concu-rrentes.	Leen.	Leen y escriben.	Hablan español.	No sa-ben nada.	Saben coser.
Zamboanga.	4	536	289	247	536	»	1	108	63	45	108	»	45
Misamis.....	7	3.218	840	618	72	1.688	7	1.642	386	35	37	1.184	270
Surigao.....	9	804	360	160	32	342	9	820	290	27	19	484	215
Davao.....	1	80	30	26	10	14	1	62	»	2	2	50	10
Basilan.....	1	41	28	13	41	»	1	37	24	13	37	»	15
Calamianes.....	4	390	43	29	6	312	4	92	18	3	»	71	72
TOTAL.....	26	5.159	1.590	1.093	120	2.356	23	2.761	781	133	203	1.789	627

Faltan datos de Cottabato y Bislig. En Zamboanga y Basilan hablan español cuantos asisten á las escuelas.

INSTRUCCIÓN.

PROVINCIAS.	LEEN.		LEEN Y ESCRIBEN.		NO SABEN NADA.		HABLAN ESPAÑOL.		NO SABEN.		TOTAL.	
	Hembras.		Hembras.		Hembras.		Hembras.		Hembras.		Hembras.	
	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.
Zamboanga....	873	1.550	1.294	439	3.844	3.597	3.850	3.553	2.161	2.033	6.011	5.586
Misamis.....	6.128	3.834	3.463	855	30.779	33.035	678	214	39.692	37.520	40.370	37.734
Surigao.....	1.047	695	852	189	13.432	13.687	304	96	15.027	14.475	15.331	14.571
Bislig.....	"	"	"	"	11.500	9.516	"	"	11.560	9.516	11.560	9.516
Davao.....	"	45	85	11	679	500	99	31	743	525	842	556
Cottabato.....	"	36	39	6	2.088	251	"	"	2.088	251	2.088	251
Basilan.....	43	213	289	47	152	135	63	40	171	137	234	177
Calamianes....	279	"	"	"	6.376	6.931	99	37	6.845	7.154	6.944	7.191
Balabac.....	"	"	"	"	575	31	"	"	575	31	575	31
TOTAL.....	8.448	6.373	6.022	1.547	63.485	67.683	5.093	3.971	78.862	71.642	83.955	75.613

PRODUCCIÓN.

PROVINCIAS.	ABACÁ.		AZÚCAR.		CACAO.		CAFÉ.		MAÍZ.		PALAY.		VARIOS AR- TÍCULOS		TOTAL.
	Pesos.		Pesos.		Pesos.		Pesos.		Pesos.		Pesos.		Pesos.		Pesos.
	Picos.	Pesos.	Picos.	Pesos.	Cavs.	Pesos.	Cavs.	Pesos.	Cavs.	Pesos.	Cavanes.	Pesos.	Cavanes.	Pesos.	Pesos.
Zamboanga....	50	240	36	365	"	"	"	"	"	"	22.229	22.229	11.218	34.032	
Misamis.....	36.283	145.132	4.100	14.350	220	7.700	"	"	200.000	75.000	260.000	195.000	"	437.132	
Surigao.....	18.000	60.000	"	"	20	700	"	"	"	"	10.000	10.000	115.000	185.700	
Bislig.....	200	1.400	"	"	"	"	"	"	"	"	3.500	3.500	"	4.900	
Davao.....	"	"	"	"	2.750	96.250	3.250	13.000	"	"	163	245	"	245	
Cottabato.....	"	"	"	"	15	240	12	81	"	"	108.000	81.000	"	190.250	
Basilan.....	"	"	"	"	"	"	"	"	"	"	700	700	"	650	
Calamianes....	"	"	"	"	"	"	"	"	"	"	38.094	20.795	"	180	
Balabac.....	75	300	108	270	"	"	"	"	"	"	7.000	5.250	"	5.820	
TOTAL.....	54.608	207.072	4.234	14.985	3.005	104.890	3.262	13.084	200.000	75.000	449.686	338.719	126.548	880.798	

GANADERÍA.

	Ca- ballar.	Va- cuno.	Cerda.	Cara- ballar.	Cabrio.	TOTAL.	Valor. — Pesos.
Zamboanga.....	559	1.957	1.188	2.332	252	6.388	45.748
Misamis.....	501	10.039	8.605	35.570	210	54.928	439.424
Surigao.....	10	1.250	»	6.330	»	7.590	60.720
Cottabato, Pollok...	700	1.500	3.250	4.732	218	10.400	52.000
Basilan.....	5	17	34	20	6	82	769
Bislig.....	»	25	»	450	»	475	2.000
Davao.....	20	754	76	358	7	1.215	10.118
Calamianes.....	77	885	201	799	108	2.071	9.851
Balabac.....	»	108	»	»	»	108	1.296
TOTAL.....	1.875	16.536	13.354	50.591	901	81.457	621.926

Desde el año de 1870, á que corresponden los datos estadísticos de los precedentes cuadros, con seguridad ha habido aumento en todas las partidas que comprenden. Téngase ello en cuenta, y sirva sólo para formar una idea aproximada de la realidad.

ADMINISTRACIÓN ESPIRITUAL.

Datos estadísticos publicados por el Arzobispado de Manila en 1876.

PROVINCIAS.	Pue- blos.	Clero re- gular.	Clero secular.	Población.	Bau- tismos.	Casa- mientos.	Defun- ciones.
Misamis.....	14	14	»	81.004	3.756	669	1.803
Surigao.....	12	12	»	58.995	2.483	578	1.349
Mindanao (1. ^o 4. ^o , 5. ^o y 6. ^o distrito).....	8	8	»	16.279	837	157	838
Calamianes....	7	4	»	16.403	534	157	221

Misamis y Surigao dependen del Obispado de Cebú, y las provincias restantes del de Jaro. La población que aquí figura es inferior á la verdadera.



ISLA DE BORNEO.

Borneo, llamada por los indígenas Brouní, Brunei, Bourné ó Dayak Warouni, hállase situada bajo el ecuador, al N. de Java, al E. de Célebes y al SO. de Filipinas. La baña por el S. el mar de Java; por el NE. y el E. el mar de Célebes y el estrecho de Macasar, que la separa de Célebes; por el N. el mar de Joló, que la separa de Filipinas, y por el O. el mar de China.

Borneo dista de Mindanao 222 $\frac{1}{2}$ kilómetros, y sólo la separa de Mindoro el mar de este nombre. En el centro de este mar se halla la Paragua. Mide Borneo del NE. al SO. 1.200 kilómetros de longitud y 560 de anchura. Su superficie asciende á 700.000 kilómetros cuadrados, y 49.000 más con las varias islitas que la rodean.

Es la isla mayor del mundo, después de Australia, estando llamada á constituir un magnífico imperio colonial, que asegurará á sus poseedores las llaves de los mares del extremo Oriente, no sólo por su excelente situación entre el archipiélago indiano, la Indo-China, la China y Filipinas, sino también por su extraordinaria fertilidad y sus inmensas riquezas minerales.

Clima.—Aunque situada bajo la línea equinoccial, la isla de Borneo no sufre calores insoportables. Las brisas del mar y de las montañas y las lluvias que caen

incesantemente desde Noviembre hasta Mayo, refrescan la atmósfera.

Las variaciones del termómetro son poco sensibles. No suele descender de 28° centígrados, subiendo raras veces á más de 35°. Los lugares inmediatos á las costas son húmedos, pantanosos y muy malsanos, especialmente para los europeos, que con frecuencia padecen de disenteria, fiebres, ictericia y cólera.

Orografía.—Cruza la parte central de la isla una cadena de montañas que declinan hacia las costas. Las montañas del Norte, que son las más conocidas y estudiadas, abundan en cristal de roca, por lo cual las llaman los holandeses *Montes cristalinos*. El punto culminante es el Kini-Balu, con una altitud que no baja de 3.500 á 4.000 metros (1).

Hidrografía.—Del centro de la isla parten los diversos ríos que la riegan, siendo los principales en la costa del S. el Barito ó Banjermassing, uno de los más considerables del país; el Kahayan ó Dayak-Bessar (gran río de los Dayaks); el Sibangu, el Mandaveí y el Sampit; en la costa del O., el Matan, el Pontianak ó Kapuas, el Simpang-Sidin, el Santubong ó río de Sarawak, el Redjang, el Burneh, etc., y en la costa del E., el Brau, el Koti ó Mahakam y el Passir.

Varios lagos, entre los que descuella el Kini-Balu, uno de los más considerables de la Oceanía, al pie de la montaña de aquel nombre, y el Danao-Mulayon, en la parte central, completan el sistema hidrográfico de la comarca.

Las costas, aunque sólo presentan sinuosidades poco

(1) Sobre 3.000, según Rogel; 3.250, según Larousse; más de 4.000, según Vivién de Saint Martin.

profundas, ofrecen, sin embargo, puertos espaciosos y cómodos, sobre todo al O. y al S.

Los cabos más importantes son los llamados Dati, Sisary y Balam, al O.; Sambas, Salatan y la punta Platte, al S., y el Kenneungan y Sanpanmang, al E.

Reino mineral.—Borneo es rico en minerales preciosos. En las hendiduras de las rocas, en las arenas de los ríos, y sobre todo en una tierra amarillenta mezclada de guijarros, se hallan los más gruesos y los más ricos diamantes (1).

En casi toda la isla, y particularmente en los estados del O., se explotan abundantes minas de oro, cuyos yacimientos están casi en la superficie del suelo. La más importante de estas explotaciones es la de Montradok, que ha llegado á producir hasta 2.730 kilogramos por año.

Minas de cobre, de hierro y de estaño y zinc existen en diferentes lugares; también se encuentra imán natural y antimonio. En las costas N. y S. hay ricas minas de hulla.

Las montañas del Norte contienen gran cantidad de cristal de roca.

Reino vegetal.—Los productos vegetales son muy variados, denotando la gran fertilidad del suelo. Además de bosques inmensos, ricos en maderas propias para ebanistería y otras sumamente apreciables, como el camagón, la teca, ébano, palo tinte, alcanfor y sándalo, se dan todos los vegetales de los trópicos. Las especias, gomas, café, te, quina, índigo, tabaco, algodón, azúcar, arroz, etc., abundan mucho.

(1) En el territorio de los chinos, por la parte de Landak, fué donde se encontró el más grueso diamante conocido, cuyo peso es de 367 quilates, perteneciente al rajah de Matan.

Reino animal.—El reino animal es asimismo de valía. En la parte N. de la isla, según algunos autores, se halla el elefante y el rinoceronte, pero otros lo desmienten.

El leopardo, el tigre listado, cuya piel sirve de traje de guerra á los aborígenes del interior; el oso de la Malasia (*Ursus malayanus*); el tapir, de un natural menos feroz que el jabalí; el puerco de monte, el babirusa, los ciervos, una especie de búfalo de pies blancos (*Bos sondaicus*), cierta clase de nutria (*Polamophilus barbatus*) y diferentes especies de monos, entre ellas el orangután, abundan en los bosques. Los principales animales domésticos son caballos, puercos, cabras, perros, etc.

La golondrina salangane, fabricadora del valioso nido; la abeja y el gusano de seda, también abundan. Existe el pájaro del paraíso y multitud de aves de bellísimo plumaje. En las costas de Borneo se pesca la ballena, el cachalote, la foca, diversidad de pescados y crustáceos, y ricas perlas. La concha de la tortuga sostiene bastante tráfico.

Las producciones de Borneo son objeto de un comercio de consideración con China, Singapoore y los puertos de la Malasia neerlandesa. Los holandeses, ingleses y chinos importan opio, te y algunas manufacturas.

Población.—Ignórase á punto fijo el número de habitantes de Borneo, creyéndose que ascienda á 3.500.000. Esta población es en sumo grado heterogénea, y se compone de muchas razas distintas.

Los papuas ó negritos, y los dayaks, primitivos pobladores, en extremo salvajes, habitan el interior de la isla, incomunicados casi con el resto de sus habitantes. Los malayos, dominadores de aquéllos, que forman la

mayoría de la población, ocupan principalmente las costas. La población restante se compone de bugis, de javaneses, de chinos y de árabes.

Los papuas ó negritos moran en los bosques, en las cavernas ó sobre los árboles, sin vestidos, sin instrucción y sin relaciones con sus semejantes.

Los dayaks del litoral viven de la pesca y del producto de sus piraterías. Emponzoñan sus armas y son traidores y crueles. Según M. de Croizier y otros escritores, los dayaks han merecido el sobrenombre de *cortadores de cabezas*: cuando ocurre la muerte de algún dayak, son inmolados sobre su tumba esclavos ó prisioneros; los jóvenes van á la caza de hombres, porque no encontrarían una mujer que los quisiera si en sus escudos no llevaran por lo menos una entalladura, indicando que han cortado una cabeza. Los buques europeos que paran de noche en los ríos de Borneo, se rodean de una red para librarse de las sorpresas de los cortadores de cabezas.

Existen pueblos tan salvajes, que, á la vista de indígenas de otras tribus, se refugian sobre los árboles; para traficar con tan agrestes gentes, hay que poner sobre la orilla los productos que se quieren cambiar y los mercaderes se retiran; bajan entonces algunos hombres, y si las mercancías les placen las transportan, dejando en cambio productos naturales de la región.

La tribu más poderosa es la de los kajans. Explotan las minas de diamantes, y recogen el oro lavando las arenas de los ríos. Algunos dayaks han adoptado la religión mahometana y reconocido la autoridad de los rajahs malayos; cultivan la tierra, residen en poblado y tienen cierta civilización.

Los bugis, procedentes casi todos de Célebes, están

sometidos á los dayaks. Constituyen una clase considerada á causa de sus riquezas, producto del comercio ó de la piratería.

La colonia china, cuyo número es tan crecido que se hace ascender á más de 150.000, se ocupa preferentemente del comercio y de la explotación de las minas de oro. Son originarios, en su mayor parte, de las provincias meridionales de Cantón y de Fo-Kian. Recogen el oro en el territorio de Sambas y en el extremo oriental de la isla. Como sus demás compatriotas esparcidos por el globo, cuando llegan á hacer fortuna regresan inmediatamente á su país. La unión de chinos con mujeres indígenas, ha dado lugar á otra raza mestiza.

Organización.—Borneo se halla dividido en gran número de pequeños estados, los unos vasallos de los holandeses, é independientes los otros. Las posesiones holandesas forman dos *residencias*, que reciben nombre de su situación: la de la costa O. ó de Pontianak, y la de la costa SE. ó de Banjermassing, cuyas capitales llevan los mismos nombres.

Estas dos residencias comprenden los estados ó territorios de Sambas, Mumpawa, Pontianak, Landak, Sangou, Simpang, Matan (antiguo imperio de Succadana), Kandaouagan, Komaay, Pambouan, Mandau-nuax, Gran-Dayak, Pequeño-Dayak, Banjer, Tanah-Laonut, Tatas, Martapoura, Karang-Intang, Koetei, Bulungan, etc.

La ciudad de Banjermassing, situada á la embocadura del Bandjer, está construída sobre estacas, viéndose en ella, como en Bang-Kok, casas flotantes. Es muy comercial.

La residencia de Pontianak principia en Tanjong-Datu y termina en el río Djeley, al E. del cabo Sam-

bas, conteniendo el imperio vasallo de Matan, al S. de Succadana. Comprende, asimismo, las islas Natumas, Anamba y Fambelan, pero en ellas la autoridad holandesa es casi nominal (1).

Pontianak se halla en la confluencia del río Landak y de una de las bocas del Gran Kapuas. Las casas malayas están agrupadas sobre las riberas de ambos ríos. Los europeos habitan mejores edificios hacia la ribera izquierda del Kapuas, defendidos por un fuerte con empalizadas.

Los chinos monopolizan por completo el comercio. Su número entre los distritos de Pontianak y Sambas era antes de 60.000, pero hoy quizá no pase de 20.000.

Las rentas locales consisten principalmente en los derechos de aduanas, la capitación de chinos, la de los malayos y dayaks, el arriendo del opio, el juego y el monopolio de la sal.

Sobre la costa occidental se halla el antiguo reino de Sambas, al cual pertenecen las minas de oro de Montradok y las de diamantes de Matan.

Los principales estados independientes son los de Borneo, sobre la costa NO., que se extiende desde Tanjong-Datu, al SO., ó sea desde punta Kidoong, hasta el río Kimanis, al E.; y el territorio de Tidoeng, perteneciente al sultán de Joló, que se extiende sobre toda la parte NE. de la isla.

Los holandeses se han hecho dueños de la costa del E. mediante un tratado con el sultán de Kotí, cuyo territorio formaba otro de los estados independientes. La capital del primero de éstos es Borneo, sobre el río del mismo nombre, plaza de comercio importante.

(1) *Notes sur l'île de Borneo.*—*Revue Maritime et Coloniale*, 1878.

Cuenta 40.000 habitantes y más de 3.500 casas, levantadas las unas sobre pilotes y las otras flotantes sobre balsas. Verifícase la comunicación entre los diferentes extremos de la ciudad por medio de canales, de que está toda entrecortada.

Entre los artículos de exportación, debemos mencionar las cañas, nidos de salangane, alcanfor, etc.

Hoy, con las desmembraciones sufridas, la importancia del estado de Borneo ha decaído bastante.

Al N. de la residencia de Pontianak, dividido por una cadena de montes de considerable elevación, se halla el territorio de Sarawak, en la costa NO., cedido por el sultán de Borneo en 1839 al célebre aventurero inglés Sir James Brooke, á quien invistió además con el título de Bajah. Pretextaba éste como su principal intento la represión de la piratería y el establecimiento de relaciones comerciales con los indígenas.

Inmediata á la costa, dotada de un buen puerto, se destaca la isla de Labuán, que en 1846 pasó al dominio inglés. La situación de esta isla es excelente para el comercio con los estados vecinos, y en su parte N. cuenta ricas minas de carbón. Sostiene muy activo tráfico con Singapoore y Joló. Su puerto es franco al comercio universal, y en Labuán existe el principal depósito de carbón para los vapores que hacen la travesía entre la India y la China.

A partir del río Kimanis hasta la bahía de Sibuco, ó sea el límite NE. de las posesiones holandesas, ejerce su dominio, en territorio español, una compañía inglesa.

La idea de explotar la parte N. de Borneo es antigua en los ingleses, y neciamente España ha dejado que la influencia de esta nación le arrebatara sus mejores de-

rechos y más fundados motivos para semejante empresa (1).

Elok-Pura, capital del territorio de que se ha hecho dueña la Compañía del Norte de Borneo, ocupa una magnífica situación en la bahía de Sandakan, y seguramente el porvenir de la naciente colonia ha de ser grande, teniendo en cuenta la feracidad del suelo y la riqueza de los productos naturales, que los ingleses sabrán explotar con su habilidad innegable (2).

(1) En la parte histórica de esta obra trataremos ampliamente este punto.

(2) Para más detalles respecto á la importante isla de Borneo, pueden consultarse las obras de Spencer Saint-John, J. y Ch. Brooke, Dalrympe, Marryat, Fr. Boyle, Earl, Medhurst, Bax, Keppel, Crawfurd, Colomb, Wallace, Mundy, Belcher, Tennent, Burbidge, Hennerice, Müller, Beccari, Chimmo, Meyners d' Estrey, Schouw Santwoort, Verbeeck, de Groot, Meyer, van Langen, Caten, Cohen Stuart, Teysman, Tromp, Crooker, de Hollander, Senn von Basel, Overbeck, Carl Bock, P. C. Cuarterón, Montano y Rey, Rogel, y los artículos que le consagran Larousse y Vivien de Saint-Martin en sus *Diccionarios*.

PARTE HISTÓRICA





CAPÍTULO PRIMERO.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS.—Descubrimiento de las islas de Oceanía.—Expediciones de Magallanes, Loaisa, Saavedra, Villalobos y Legazpi.—Conquista é incorporación á España de las islas Filipinas.

I.

Sabido es que el descubrimiento de las islas Filipinas se debe al insigne navegante Hernando de Magallanes, portugués al servicio de España. El rey de Portugal, D. Manuel, no quiso admitir las proposiciones que tan entendido náutico le hiciera, y esto fué causa de que Magallanes se desnaturalizara del reino lusitano, y de que fuese á proponer á Carlos I de España y V de Alemania su atrevido proyecto de llegar á las islas de la Especería ó de Poniente, siguiendo distinto derrotero que los portugueses, ó sea por el Océano occidental, dando como cierta la existencia de un paso hasta entonces no descubierto. El Emperador, aceptando con júbilo la proposición de Magallanes, mandó aprestar cinco naves, llamadas *Trinidad*, *San Antonio*, *Concepción*, *Santiago* y *Victoria*, de 132, 144, 108, 90 y 96 toneladas respectivamente, tripuladas por 234 hombres, abastecidas las naves y pagados sus tripulantes para dos años; y después de ajustar un convenio respecto á las ventajas que había de obtener el descu-

bridor y de conferirle el título de Adelantado y el hábito de Santiago, partió la pequeña escuadra desde Sevilla el 19 de Agosto de 1519, con la esperanza por guía y el voto unánime del generoso pueblo sevillano en pro del feliz término de tan arriesgada empresa.

Grandes penalidades y terribles contratiempos experimentaron aquellos intrépidos marinos en su larga navegación, pero el éxito coronó cumplidamente los pronósticos de Magallanes.

El 1.º de Noviembre de 1520, fecha fausta en los anales de los descubrimientos geográficos, penetró el inmortal navegante por el estrecho que ha hecho su nombre imperecedero, á cuyo término se encontró en el mar del Sur; y prosiguiendo su viaje, logró arribar á las islas denominadas por él de las Velas latinas ó de los Ladrones, las actuales Marianas, el 7 de Marzo de 1521. Prosiguió con rumbo á Mindanao, fondeando en Butuan, pueblo de la antigua provincia de Caraga, hoy Surigao, de cuyo territorio tomó solemne posesión por España, habiéndole recibido bien sus naturales, cuyo régulo le facilitó los víveres que pudo. Fué de aquí á Cebú. Su régulo, Hamabar, después de pactar paz y amistad con el caudillo luso-hispano, juró obediencia y vasallaje al rey de España. Quiso Magallanes mostrarle su afecto yendo á combatir á los isleños de Mactan, en guerra á la sazón con su aliado, y la desgracia hizo que una emponzoñada flecha privase de la vida á tan insigne náutico el 26 de Abril de 1521. Sus compañeros, aterrorados por esta desgracia, y luego por la perfidia de los cebuanos, marcharon á Borneo. He aquí cómo describe su estancia en esta isla el P. Concepción (1):

(1) *Historia general de Filipinas*, por Fr. Juan de la Concepción. —Manila, 1788.

«Dieron en la barra, en la que entraron sondeando delante los bateles, y á tres leguas de la ciudad, por no haber agua suficiente, dieron fondo; fueron á reconocerlos tres fustas del rey, en que iba un hombre viejo, su secretario, con el estruendo de trompetas, tambores y otros instrumentos ruidosos; hicieron las naos una muy cumplida salva; entró el secretario en la capitana con algunos señores moros, abrazando al general con tales demostraciones, como si fueran muy amigos y conocidos de antes; preguntaron quiénes eran y qué buscaban; se les satisfizo con que eran vasallos del rey de España, y que llevaban mercancías de granos, paños, sedas de diversos colores y otros géneros; mandó el buen viejo llevarles variedad de víveres y vinos; se detuvieron bastante tiempo en las naves muy alegres y contentos; á su despedida regaló el capitán al secretario una capa de terciopelo carmesí, una silla de respaldar, guarnecida de terciopelo azul, y otras cosas de estimación para el rey, y á todos se les agasajó con regalos curiosos.

»Recibió el rey muy gustoso el presente, y con el deseo de ver aquellos hombres para él extraños, suplicó le envasen dos á su corte; enviólos el capitán, y fué uno de ellos Espinosa; recibieronlos antes de entrar en la ciudad más de 2.000 hombres, armados de arcos y flechas, cerbatanas, lanzas y campilanes, defendidos con corazas de conchas de tortuga y vestidos de ropa de seda; tenían en su escuadrón un elefante armado y un castillo de madera sobre la espalda; bajó su elevada estatura el bruto, y entró en el castillo Gonzalo; con esta ostentación y grandeza fué á palacio, habló al rey su secretario con un largo tubo, metido por un agujero que recalaba á la pieza donde el rey estaba oculto; así le

informó Espinosa de cuanto quiso saber su curiosidad; bien regalado y asistido el capitán, pidió licencia para volver á los suyos el día siguiente; mandó el rey le diesen dos piezas de damasco y una á cada uno de los compañeros; refirió Espinosa al general cuanto había experimentado y visto; le aconsejó que respecto que aquella ciudad era muy grande y el gentío de ella como inmenso, era lo mejor apartarse de ella hasta conocer sus intenciones, genios y costumbres: prudente consejo que fué admitido sin dificultad.

»Había en las naos mucha necesidad de brea; pareció enviar á la ciudad cinco hombres que comprasen cera, y les sirviese de betún; tres días estuvieron detenidos en la ciudad, y no les permitían volver á las naaves; sospecharon los de á bordo la tardanza, y cogieron en represalia un hijo del rey de Luzón, que había ido al comercio, con más de 100 hombres y 5 mujeres en un junco; hizo este príncipe juramento solemne de enviar los retenidos, y dejó en prendas dos mujeres y ocho de los suyos principales; envió á decir el general al rey de Borney que si no le restituía su gente abrasaría cuantos juncos encontrase, y á su gente pasaría á cuchillo; enviaron dos después de algunos días; tomaron algunos juncos, en que hallaron armas, telas de seda y de algodón con algunos bastimentos, por si le obligaban á entregar los tres restantes; nada aprovechó esta diligencia, determinando seguir su viaje sin aguardar más, etc.»

Fueron á continuación á las Molucas, y de allí, doblando el cabo de Buena Esperanza, encamináronse á España, dirigidos por el gran cosmógrafo Juan Sebastián de Elcano, entrando en Sanlúcar de Barrameda el 6 de Setiembre de 1522, treinta y siete meses después

de su partida, con solos 17 marineros, pálidos y extenuados, de los 234 hombres que componían la expedición (1).

II.

En Junio de 1525 hízose á la vela desde la Coruña otra expedición con siete buques y 450 hombres, bajo las órdenes del comendador Frey Juan García Jofré de Loaisa. Durante el viaje murieron éste y sus sucesores en el mando, Elcano y Alonso de Salazar.

Sustituyó al último Martín de Iñiguez, y el 2 de Octubre de 1526 descubrió la isla de Mindanao. Los isleños recibieron con poco afecto á los expedicionarios. «Esta gente desta tierra es ataviada; andan vestidos con paños de algodón y seda, y también traían vestidos de raso de la China, y andaban todos armados, sus azagayas en las manos é sus alfanjes é sus guirrises, que son á manera de puñales, y sus paveses. Es gente muy atraicionada é belicosa, luego determinaron de tomarnos con el batel á traición; empero nosotros andábamos sobre aviso é nunca pudieron salir con la suya. Muchas veces venían de noche en navíos de remos que tienen muy ligeros, á la nao á cortar las amarras; empero, como hacíamos buena guardia, nunca nos pudieron empecer en nada. Estuvimos en este puerto bien diez días, que nunca pudimos comprar bastimenta nin-

(1) En nuestra *Historia general de Filipinas* tratamos, con la amplitud y minuciosidad necesaria, de la expedición de Magallanes y de las de sus sucesores, limitándonos en esta obra á lo que tiene relación con las islas que comprende. También puede consultarse, para todo lo relativo á la geografía y estadística de Filipinas, nuestra obra *El Archipiélago filipino y las islas Marianas, Carolinas y Palaos*.—Madrid, 1886.

guna. En esta isla de Bendenao (Mindanao) hay mucho oro, é nos tuvieron para que les comprásemos; empero el capitán mandó que nadie fuese osado de comprar, por lo cual no se compró nada, y así hubimos de ir nuestra derrota sin refresco. Aquí tomamos un indio que llevamos á Maluco, el cual nos dijo que cada año venían dos juncos de la China, que son unas naos en que ellos navegan, á comprar oro é perlas que había en gran cantidad, é también venían más navíos á otras islas á lo mismo. También hay en esta misma isla canela, por la parte del Oeste (1).»

El P. Concepción amplía algo más lo ocurrido en Mindanao á la expedición de Loaisa: «Echaron el batel al agua, que arrimando á la costa no pudo en todo un día descubrir gente; ya resueltos á volver á la capitana, hallaron una canoa con indios; hablóles el gallego (2) en la lengua que sabía, y no fué entendido; entróse la canoa por un río, y siguiendo el batel descubrieron en su ribera un pueblo; hablaron con los indios, entendiéndose con la lengua malaya; les dieron vino de palmas, buenas gallinas, arroz y frutas por rescates, con lo que volvieron á la capitana muy alegres; volvieron otro día y notaron á los indios recatados; pedían vitualla, y les respondieron que esperaban gente del monte que la traería; era cautela artificiosa para tener más gente y tomarles el batel; el día siguiente fueron

(1) *Relación del viaje hecho á las islas de las Molucas ó de la Esperería, por la armada á las órdenes del comendador García Jofré de Loaysa, hecha por el capitán Urdaneta.* El original, firmado por el autor en Valladolid á 25 de Febrero de 1537, obra en el archivo de Simancas.

(2) Gonzalo de Vigo, desertor de la *Trinidad*, admitido á bordo por Loaisa en las islas de los Ladrones.

á la playa con sus armas; no saltaron en tierra, aunque les instaban los indios, si no les daban un indio en rehenes, que ellos darían un castellano, para poder contratar con confianza; previnieron los indios un vestido con tela aseada, y un arma á modo de daga con el puño de oro, y dejando todo esto en tierra, otro en el batel, se fue á bordo.

»Saltó en tierra el gallego en cumplimiento de los contratados rehenes; lleváronle al reyezuelo, que le dijo muy severo que los que venían en aquel navío serían *pranguis*, nombre que dan en la india á los portugueses, y es de una de las más infames castas, que era mala gente, que á donde quiera que llegaban hacían mucho daño; informó el gallego que no eran tales, que era buena gente, y que sólo querían víveres por su justo precio; dijo el rey que si era así podían tratar libremente; el gallego, que era astuto, y con la larga comunicación en las cosas de los indios muy experimentado, notó muy bien que todo era entretenimiento, y aunque los indios eran muchos y bien armados, se escapó de ellos y se recogió al batel, sin que pudiesen alcanzarle; requiriólos el capitán Iñiguez les diesen bastimentos y les volverían su indio, pero no hicieron caso; trataban los indios cortar los cables para que las naos diesen en tierra y naufragasen en la costa; no pudieron conseguirlo, por la buena y vigilante guardia.»

De Mindanao salieron el 15 para las Molucas, en donde les aguardaban todo género de penalidades por la enemiga de los portugueses. A Iñiguez lo envenenaron en Tidor (1), y el nuevo jefe, Hernando de la Torre, se fortificó en tierra en espera de socorros de España.

(1) Véase nuestra *Historia de Filipinas*, pág. 24.

III.

El 31 de Octubre de 1527 partió de América la tercera expedición bajo el mando de D. Álvaro de Saavedra.

«Fué, dice Herrera (1), á Mindanao y Visaya y otras islas que están en 8º, á donde les dieron puercos, gallinas y pan de arroz, y vieron muestras de oro y las mujeres hermosas y los hombres blancos; andaban todos en cabello largo; traían alfanjes de hierro; tenían tiros de pólvora, flechas muy largas y cerbatanas, con que tiraban con yerba; coseletes de algodón, corazas de escamas de pescados, y los hombres son guerreros y confirmaban la paz con beber la sangre del nuevo amigo, y sacrificaban hombres; *traían los reyes coronas en las cabezas*, y el que entonces reinaba se llamaba Cato-nao, el cual mató á D. Jorge Manrique y á su hermano D. Diego y otros (de la anterior expedición), lo cual se supo porque se huyó á la nave de Alvaro de Saavedra, Sebastián del Puerto, portugués, casado en la Coruña, que iba en el armada del comendador Loaisa, y dijo esta nueva; y que su amo le llevó á Cebú, donde supo que había llevado de allí á ocho castellanos del armada de Magallanes á vender á la China, y que quedaban otros en otra isla que llamaban Candieta; rescató Alvaro de Saavedra otros dos castellanos por 60 pesos de oro, que se los trajeron en carnes y atados, y los vistió; hizo paces con el señor, bebiendo y dando de beber san-

(1) *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del Mar Océano, escrita por Antonio de Herrera, Coronista mayor de sv. M.^d de las Indias y su coronista de Castilla. — En quatro Decadas desde el Año de 1492 hasta el de 1531. Dos tomos. — Madrid, 1601.*

gre del brazo, porque tal era su costumbre (1). En fin del año se hallaba Alvaro de Saavedra con su capitana, sin saber de las otras, en Sarrangan y Candigan (las Sarranganis), que están en altura de 4°, á donde rescató los dos castellanos..... De ellos entendió cómo había gente del Emperador en la isla de Tidore, que estaba cien leguas de allí, y que tenían guerra con los portugueses; y habiendo tomado gallinas, arroz, batatas y vino de la tierra y clavo; después de haber estado tres días en Sarrangan, se hizo á la vela caminando con N. la vía del Sur, viendo siempre islas pobladas.»

IV.

Otra expedición salió del puerto de Juan Gallego el 1.º de Noviembre de 1542. Componíase de seis buques, mandados por el licenciado en derecho Rui López de Villalobos.

Éste, como sus antecesores, arribó á la parte oriental de Mindanao. «Por ser su costa puerca, la llamaron de los arrecifes; á 2 de Febrero surgieron en un puerto de ella que denominaron Málaga, en altura de 7°; detuviéronse refrescando en ella un mes; quiso poblar aquí Villalobos, que no lo hizo por haberla experimentado de intemperie grave; tomóse con los acostumbrados actos posesión de ella por la corona de Castilla; pusieron al lugar determinado para la fundación *Cæsarea Caroli* (2); por los vientos contrarios y fuerza de las co-

(1) A esta operación llaman *sandugo*, según el P. Pedro Chirino.

(2) «Se llamó Cesárea la isla grande de Mindanao, en obsequio del señor emperador Carlos V, cuyo nombre le impuso Bernardo de la Torre, capitán, maestre de campo de Rui López de Villalobos el año 1543, y con este nombre corrió en escrituras de aquel tiempo.» (*Crónicas de la*

rrientes fueron forzados la vuelta del Sur; arribaron á Sarragán; asentaron con los naturales paces, de que se arrepintieron muy presto; pusieronse en armas, y aunque se les importunó á que les vendiesen bastimentos, no hubo modo de reducirlos; usóse primero de todos aquellos medios que dicta la benevolencia; hizo la fuerza lo que no pudo el agrado; acometióse al pueblo; hicieron resistencia, pero se dieron al mayor poder con la fuga; no fueron seguidos, pensando se reducirían con el escarmiento; no fué el vencimiento sin costa de sangre: fueron heridos algunos de los nuestros, de los que murieron seis. Esta isla, que apellidaron Antonia, tendrá seis leguas en su circuito: había en ella cuatro pueblos; toda la gente se refugió en un peñón muy agrio; estaba fortificado con palizadas y otras defensas; pareció á los nuestros lance de honor acometerle; hicieronse varios acometimientos; derribaron por aquellos despeñaderos grandes vigas; venció estas dificultades nuestra constancia; ganóseles la altura, y, dominados ya, huyeron, sin empeñarse los nuestros en el alcance; era su ánimo sosegarles, pero ellos desampararon la isla y se fueron á Cesárea; en el peñón se halló porcelana, almizcle, ámbar y aceite, en que tenían un internado comercio los mindanaos y de otras islas; halláronse algunas muestras de oro; no hallaron más porque acostumbra los naturales enterrarlo en los montes (1).»

La escasez de recursos hizo que Villalobos obligara á los soldados á sembrar maíz, con gran descontento de éstos, que decían era su oficio pelear y no el de hacer de labradores; la cosecha fué abundante, pero no sufi-

apostólica provincia de San Gregorio, de religiosos descalzos de San Francisco, etc., por Fr. Juan Francisco de San Antonio.)—Manila, 1738.

(1) Fr. Juan de la Concepción.

ciente, y pronto se vieron de nuevo con iguales apuros.

«Trataron con los naturales, dice el P. Concepción, que volviesen á su isla; hiciéronse las paces, que se confirmaron con las usadas ceremonias de sangrarse y beber la sangre mutuamente en vino; pero es gente que no sabe tratar verdad, ni la paz ó amistad les impide que usen de sus fraudes, cuando los tienen por conveniente; así con la facilidad que la hicieron la quebrantaron, y permanecieron en su obstinación de no volver á su isla; llegó la necesidad al extremo, y para satisfacerla, les servían de manjar delicado culebras, lagartos, ratones, perros, gatos y otras sabandijas asquerosas; aprovecharon de raíces y frutas silvestres, de cuya operación murió mucha gente emponzoñada y contagiada. Para socorrer necesidad tan extrema, le pareció á Ruy López era conveniente hacerse amigo con el señor de Mindanao, 50 leguas de distancia, isla más abundante; preparó un navío con 50 hombres á cargo de Bernardo de la Torre; prevínole de rescates y mercaderías; llegaron á surgir á la boca de un gran río; era gente indómita, desabrida por los malos tratamientos de los portugueses, y así sólo hallaron engaños y traiciones; la necesidad les obligó á los nuestros á aprovecharse de las armas; acometiéronlos en un elevado fuertecillo en que, no queriendo rendirse, mataron á los defensores; dando libertad á mujeres y muchachos, volvieron á Sarragan con algún bastimento. En estas estrecheces, convinieron despachar un navío á Nueva España que diese noticia de lo hasta allí operado, solicitando órdenes y socorros; también despacharon una galeota á unas islas, que son las que se llaman Filipinas después, y con este nombre las marcaron los de esta armada en honor del príncipe, cuyo

nombre era *Philipo*. Partidas estas dos embarcaciones, llegaron tres paraos de las islas de los Malucos, y en ellos algunos portugueses con una carta de D. Jorge de Castro, que contenía los requerimientos de ser todas aquellas islas de la demarcación de Portugal; que no hiciesen guerra á los naturales, porque se interesarían en su defensa; que si iba falto de bastimentos lo dijese, que en Cesárea se le proveería; mucho prometer de los que aún eran sus enemigos, ó á lo menos no eran amigos; respondió Ruy López que la orden que tenía de su soberano era no tocar en las islas de los Malucos; que para entrar en las demás tenía muy extenso poder; estrechaba mucho el hambre; no había otro surtimiento que de Mindanao, y éste con las armas; repitieron el requerimiento los portugueses, y siendo la misma la pregunta, se les satisfizo con idéntica respuesta; llevaronse hurtado un marinero; costearon á Cesárea, persuadiendo á los naturales no les vendiesen bastimentos y ofreciéndoles ayuda de armas contra los castellanos: tales sugerencias, indignas de una nación nada ruda, hicieron impresión en ánimos por otra parte ya bastante inquietos (1).

«Quiso Dios que la embarcación que fué á Filipinas volviese con copia de víveres: habilitados así, resolvieron irse á aquellas islas, especialmente á la de Abuyo,

(1) Para más detalles, puede consultarse el manuscrito titulado: *Requerimiento de D. Jorge de Castro, gobernador de San Juan de Terrenate é islas del Maluco, Banda, Burneo, Mindanao, I.ª San Juan, Mandado, Paragocal, costas de Calabre é Amboino é Ormoro é todo el Arcepiélago de los Papuas, por el rey de Portugal á Lopez Villalobos, pidiendo explicaciones por qué estaba y seguía allí, y respuesta.*—Hállase en el archivo de Indias de Sevilla, llevado de Simancas entre los papeles de 1519 á 1847.

de quien tuvieron la noticia de que era la más abundante; que los naturales los deseaban y serían bien recibidos en ella: acomodáronse en un navío grande, en dos bergantines que habían construído, y en otras embarcaciones menores; salió esta escuadra á la mar; el tiempo les fué tan contrario, que les fué preciso entrar en una bahía ó ensenada de Cesárea; despachóse embarcación que solicitase víveres; volvió con el mal despacho de que al tiempo de los rescates les habían asaltado los indios y les habían muerto 11 hombres, quedando los restantes muy flacos y fatigados; la escasez era ya tal, que sólo se racionaban cuatro onzas de arroz, y esta estrecha economía sólo diez días podía entretenerse: esto les compelió á solicitar otra isla que les presentase socorro, y por no tocar en las Molucas, tomar puerto aunque fuese en Camoso; las corrientes y vientos les condujeron al pueblo de Sagala, jurisdicción de Gilolo, etc.

Después de largas luchas con los portugueses, tuvo Villalobos que partir para Amboina, donde murió de pesadumbre, malográndose así la expedición, cuyos restos llegaron á España en 1549.

V.

Por orden de Felipe II salió del puerto de Natividad, el 21 de Noviembre de 1564, la quinta expedición, con cuatro buques y 400 hombres, bajo la dirección del ilustre Miguel López de Legazpi, en cuya compañía iban cinco frailes agustinos, entre ellos el antes célebre piloto Andrés de Urdaneta, que ya había hecho el viaje con Loaisa, y los doctos Fr. Martín de Rada y Fr. Diego de Herrera.

Mandaba uno de dichos buques, el patache *San Lucas*, D. Alonso de Arellano, del cual era piloto un mulato llamado Lope Martín. Éste aconsejó al capitán adelantarse á Legazpi, recabar la gloria de su descubrimiento y apoderarse de las riquezas que esperaban hallar, y en efecto, abandonaron á los demás buques el 1.º de Diciembre.

El 5 de Enero de 1565 descubrieron muchas islas del archipiélago de Marshall, visitando después las de Hogueu, Ollap, Fanadie, Tamatán, Sorol y Ngoli: llegaron el 29 á Mindanao, cargaron cuanta canela les fué posible y dieron la vuelta á España el 4 de Marzo, siendo los primeros en hacer tal viaje (1).

Legazpi, después de fondear en varias islas del archipiélago de Marshall y luego en las de los Ladrones, llegó el 13 de Febrero de 1565 á Abuyog. El 5 de Marzo fondeó cerca de Cabalián, en Leyte; Camutuhan, hijo de Malitic, cacique de esta isla, se hizo muy amigo de los españoles, y sirvió de práctico hasta Limasagua, donde fueron muy bien recibidos. El 11 se trasladaron á Camiguing.

Quiso Legazpi ir á Butuan, de cuyo punto de Minda-

(1) Por ello pretendieron premio, y se les hubiera otorgado caso de no descubrir á tiempo su deserción, que por cierto quedó sin el debido castigo. Para más detalles acerca del viaje de dicho buque, puede consultarse un manuscrito que se halla en la Dirección de Hidrografía, y es copia de otro que hay en el código de Misceláneas de la biblioteca de San Isidro de Madrid, confrontada en 25 de Octubre de 1792 con este título:

Relacion del suceso del Patax, que se apartó con tormenta de la Armada, del qual era capitán Don Alonso de Arellano, la qual relacion hizo dicho capitán y su piloto, y la presentaron en audiencia pública de la chancilleria de Mexico, firmada por dicho capitán y el piloto, Lope Martín.

nao tenía excelentes noticias; mas los vientos le condujeron á la costa S. de Bohol, donde, sin encontrar puerto, fondeó en 15 brazas cerca de tierra. Desde aquí despachó para Butuan al patache *San Juan*, con el capitán Juan de la Isla, el factor real y el P. Fr. Martín de Rada, con encargo de que se proveyeran de la mayor cantidad posible de canela, sin causar el menor daño á sus naturales.

«Mientras se despachaba el patache, refiere el P. Concepción, el maestre de campo avisó al general que desde la almiranta se descubría una vela á sotavento, que parecía embarcación grande, y que había enviado su batel á reconocerle con cinco soldados y dos marineros; consideró el general no iba bien despachado con tan poca gente, y mandó que el mismo maestre de campo, con el capitán Goiti y bastante gente, fuesen al reconocimiento del barco avistado; era un junco de Borney (Borneo), y su tripulación de moros (malayo-mahometanos); éstos no quisieron recibir de paz á los nuestros; les acometieron con mucha pujanza. disparando tres ó cuatro tiros de artillería y varios arcabuces; pero los nuestros rindieron la embarcación, acometida por el maestre de campo; aunque los moros se defendieron animosamente, durando el combate largo tiempo, con el daño de nuestra parte de un soldado muerto y veinte heridos, hasta que muerto su capitán desmayaron todos, y dejando las armas, se escapó la mayor parte en un parao que traían por su popa, rindiéndose los pocos que quedaron en el junco; de los prisioneros, que eran siete, el uno era el piloto y el otro un factor del rey de Borney, que hablaban bien la lengua malaya; preguntóles el general por qué no habían admitido la paz á los nuestros, y así hubieran excusado el daño recibido, y

respondieron que nunca entendieron las señas, sí que les decían se rindiesen para robarles después, y así habían determinado morir primero; no les parecía haber incurrido en pena alguna, aunque hubiesen muerto á todos, creyéndolos enemigos; servía á todo de intérprete el P. Urdaneta, que entendía y hablaba el idioma malayo.» Legazpi les perdonó, y los moros, «viendo tal liberalidad, las rodillas en tierra y besándole muchas veces las manos, le dieron las gracias y le rogaron les diese una carta para su rey, por la que supiese la recibida merced, porque de otro modo nadie daría crédito á tan insólito beneficio; dióles el general la pedida carta, notándola el P. Urdaneta, y los moros se quedaron en su junco, vendiendo y rescatando mercaderías con mucha paz y sosiego.» Por ellos supo Legazpi que los borneyes traían á rescatar entre aquellos naturales (los de Butuan), cobre, estaño, platos, porcelanas, campanas, menjuí, ropas pintadas, sartenes, hierros de lanzas de buen temple, cuchillos y otras menudencias, y en cambio cargaban oro, cera, esclavos y sigais; manifestóles el general los géneros y rescates que tenía en sus navíos, y dijeron que ninguno de ellos era para estas islas á propósito, y que no acabaría de vender tantas sedas y paños ricos en diez años, lo que haría en ocho días en su reino de Borneo, y también en Siam y otros reinos circunvecinos; disimuló el general, y les dijo que su rumbo era á otra parte..... Díjole el moro principal que, si se detuviese la armada, él iría á Borneo y traería mercaderías más de su gusto y las trocaría por los efectos mostrados; mas Legazpi dijo que no podía detenerse; «informó también este moro que en Butuan había un grande contrato de canela, en que también había mucho oro, y de este precioso metal había bastante abundan-

cia en las demás islas; que al presente, en Butuan, *había dos juncos de Luzón*, rescatando oro, *esclavos* y *cera*.....»

El patache *San Juan*, á su regreso de Butuan, quince días después de su partida, confirmó las anteriores noticias, añadiendo que los pocos cambios realizados en Butuan lo fueron con los mercaderes de Luzón, quienes mostraron gran afición á las monedas de plata españolas, que los indígenas veían con indiferencia; «ofrecieron dar, á trueque de plata, hasta tres quintales de oro que tenían recogido; tratando de precios pedían seis onzas de plata por una de oro, y por peso de dos arrobas y 16 libras de cera 58 reales castellanos, y en estos precios se rescató oro y cera por los nuestros. El tesorero de S. M. preguntó á los butuanos si tenían canela de venta, y le trajeron hasta media libra muy fina;» los moros de Luzón le ofrecieron facilitarle gran cantidad á cambio de plata, si podían aguardar diez días; pero rehusaron los españoles detenerse ese plazo.

Legazpi fué el 22 de Marzo á Dapitan, cuyo régulo, Pagbuaya, lo agasajó mucho. Al cabo fondeó en Cebú el 27 de Abril, comenzando desde entonces la obra grandiosa que le había de dar por fruto la conquista é incorporación á España del hermoso Archipiélago filipino.

Hallándose en Cebú, comisionó al maestre de campo Mateo del Sauz para ir á Mindanao á comprar canela, cuyo jefe desempeñó su comisión satisfactoriamente, adquiriendo hasta cien quintales.

Tales fueron las primeras relaciones sostenidas por los españoles con los indígenas de Mindanao y Borneo, aumentándose con el transcurso del tiempo la enemiga que desde los primeros momentos se reveló en ellos.

CAPÍTULO II.

Primeros combates con los piratas malayo-mahometanos.—Derrota Goiti á una escuadrilla de éstos.—Llega á Manila el sultán de Borneo en demanda de socorro para recuperar su reino.—Expedición del gobernador de Filipinas á Borneo.—Derrota del usurpador y reconocimiento de vasallaje á España por parte del sultán y de sus súbditos.—Expedición contra Mindanao y Joló.—Nuevo destronamiento del sultán de Borneo.—Expedición para reponerlo en su trono.—Concesión de la isla de Mindanao al capitán Rodríguez de Figueroa.—Ida de éste á dicha isla.—Traición de los moros.—Muerte de Figueroa.—Sus cualidades.—Se hace cargo del mando el maestre de campo Juan de la Jara.—Conducta de éste.—Expedición de Ronquillo.—Gran derrota de los mahometanos.—Paces con éstos.—Imprudente retirada de Ronquillo.—Establecimiento de un fuerte en el puertito de la Caldera.—Ida de Ronquillo á Manila.—Sometido á un consejo es absuelto.—Ida del gobernador de la Caldera á Joló.—Es derrotado y muerto.—Abandono de la Caldera.—Terribles incursiones de los malayo-mahometanos por las costas de Visayas.—Arrojo y muerte del gobernador de Iloilo.—Expedición de Gallinato contra los joloanos.

Desde los comienzos de la dominación española en Filipinas, cuando aún el poder de Legazpi únicamente se extendía sobre una parte de las islas Visayas, principiaron los piratas malayo-mahometanos la guerra que, sin tregua ni descanso apenas, se ha prolongado hasta los momentos en que trazamos estas líneas, ó sea durante más de tres siglos.

En efecto, ya en 1569 los indígenas de Borneo y Joló, piráteando con 20 embarcaciones por las costas

de Visayas, sostuvieron un combate con el maestre de campo D. Martín de Goiti, quien desde Cebú salió á batirlos con nueve pequeños buques, logrando apresar cuatro de los bajeles enemigos y á sus tripulantes, cuyos despojos repartió á las tropas que le acompañaron en la jornada.

En 1578, gobernando las islas el Dr. D. Francisco de Sande, llegó á Manila el sultán de Borneo, Sirela, ó Malaela, según otros escritos, en demanda de auxilios para recuperar su trono, del que le había desposeído un hermano suyo, ofreciendo hacerse él y su reino tributarios del rey de España.

Sande le recibió ostentosamente y accedió á sus deseos. Hizo armar 40 embarcaciones, tripuladas por 400 españoles, 1.500 indígenas de Filipinas y 300 de Borneo, que habían permanecido fieles á su soberano. Estas fuerzas iban mandadas por los capitanes D. Esteban Rodríguez de Figueroa, D. Juan de Morones, D. Antonio Saavedra y D. Amador de Arriarán, bajo la dirección suprema de Sande, que quiso ir en persona á realizar tal empresa. Al cabo de treinta días de navegación penetró la escuadra en el río de la capital, fondeando frente al palacio del usurpador. Éste presentó á sus tropas en batalla, pero fué derrotado y huyó á los montes, con lo cual quedó Sirela repuesto en su trono. Sande tomó solemne posesión de Borneo en nombre de España, cuyo acto se hizo constar por un testimonio que obra original en el Archivo de Simancas (1578).

A consecuencia de haber apresado los joloanos una embarcación que iba de Manila á Cebú, tripulada por españoles en su mayoría, á los cuales hicieron esclavos, dispuso Sande, tan luego regresó á Manila, que saliese

una expedición contra Mindanao y Joló. El capitán Rodríguez de Figueroa, que la mandaba, no halló grande resistencia entre los mahometanos, quienes le ofrecieron sumisión y vasallaje; pero tuvo que retirarse á causa de no reunir fuerzas suficientes para guarnecer tan extensos territorios.

El hermano de Sirela, auxiliado por el capitán portugués Antonio Brito, despojó nuevamente á aquél de sus dominios en 1581. Sirela volvió á solicitar el auxilio del gobernador de Filipinas, y D. Gonzalo Ronquillo dispuso el envío de una expedición á las órdenes del capitán Gabriel de Rivera, el cual cumplió satisfactoriamente su cometido, dejando entronizado por segunda vez al soberano de Borneo.

En el año de 1596 recibió el capitán Esteban Rodríguez de Figueroa el título de gobernador de Mindanao, de cuya isla le hacía donación el Rey por dos vidas, para reducirla á su costa y gobernarla, conforme solicitara en tiempo de Das Mariñas.

Emprendió su conquista en Abril, partiendo de Otón (Iloilo) con 214 españoles, repartidos en varios buques de diferentes portes, llevando consigo al religioso de la Compañía de Jesús Juan del Campo, al lego Gaspar Gómez y á muchos indios en concepto de auxiliares. Las primeras poblaciones malayo-mahometanas que halló, llamadas Tampacan y Lumaguan, le recibieron bien por ser enemigos de los aguerridos buhayenes, incorporándosele muchos indígenas para batirse á sus órdenes contra aquéllos. Se internó después 24 millas por el río Grande de Mindanao, llegando sin dificultad hasta Buhayen, cuyo régulo, Silonga, noticioso de la llegada de los españoles, se había fortificado, resuelto á defenderse, en unión de los jefes Malaria y Bu-

hisan. Ordenó Figueroa al maestro de campo Juan de la Jara que reconociese el terreno con alguna tropa; pero no sólo desembarcó más de la necesaria, sino que se internó demasiado. Impaciente el jefe, quiso averiguar por sí la causa de su tardanza, y bajó á tierra seguido de los españoles Hernando Ballesteros y Jerónimo Alves, del P. Campo y de un criado cebuano. De pronto salió de entre unos cogonales un moro blandiendo su campilán, con el que asestó fuerte tajo á Figueroa. Este paró el golpe, y, arremetiendo con su espada, atravesó al moro de parte á parte. Volvióse Figueroa al jesuita, diciéndole: «Padre Juan, como éste todos;» pero, apenas acabó la frase, sintióse herido de muerte por el campilán de otro moro que le partió la cabeza, por no llevar puesto el yelmo. En el acto, el cebuano clavó al traidor moro su lanza, quien parece ser que era tío del sultán de Buhayen, y se llamaba Obal, mientras que Ballesteros y Alves recogían al moribundo general. Apareció entonces un grupo de mahometanos, y en la lucha que sostuvieron murió Ballesteros y quedó herido de gravedad Alves. En esto llegó la Jara con los suyos y huyeron los moros, pudiendo el malogrado jefe ser transportado á la galera, donde falleció seis horas después de recibir su herida.

Figueroa era natural de las posesiones españolas de Africa, de padres portugueses. Siendo muy joven pasó á Nueva España y de allí á Filipinas en compañía de Legazpi. Tanto por su valor, como por sus importantísimos servicios, fué premiado con dos encomiendas de á 1.000 tributos, una en Iloilo (Panay) y otra en Camarines (Luzón). Un hermano suyo, residente en Méjico, muy acaudalado, le auxilió con su peculio para la realización de sus empresas.

Antes de salir de Iloilo hizo testamento, dotando con 2.000 pesos de renta al colegio de jesuitas de Manila, y disponiendo que, caso de fallecer sus hijas, pasara la herencia al colegio de San José, cuya fundación estaba decretada.

El lego Gómez se hizo cargo del cadáver, y conducido á Manila, diósele sepultura en la capilla mayor de la Compañía como su principal protector.

La gente de Figueroa, cuyo mando asumió el maestro de campo Juan de la Jara, regresó á Tampacan y se atrincheró en este punto, á la entrada del río Grande, fundando Jara, en recuerdo de su patria, la ciudad de Murcia, para cuya defensa hizo construir un fuerte de harigues y palmas.

El nuevo jefe trató de proseguir la conquista en provecho suyo, sin reparar que, habiéndose concedido aquella isla á Figueroa por dos vidas, y héchose por su cuenta la expedición, á sus herederos correspondía continuarla (1).

Por cartas que condujo el hermano Gómez, dió cuenta Jara al gobernador de los sucesos relatados y de sus providencias ya dichas, indicándole su propósito de poblar en Tampacan, á cuyo efecto pedía algunos auxilios. Entendió el jefe superior de las islas que Jara se había excedido de sus atribuciones procediendo con independencia de su autoridad y en perjuicio de los herederos de Figueroa, y á fin de ponerle remedio, mandó al capitán Toribio de Miranda con despachos para que

(1) Para obviar esto, marchó á Iloilo y propuso á la viuda de Figueroa, Doña Ana Oseguera, se casara con él; pero rechazada su pretensión, y sujeto á un proceso por haber desaprobado su conducta el gobernador general, fué conducido á Manila, donde murió mientras se sustanciaba su causa.

se le tuviera por jefe del destacamento. Reconociendo, á la vez, la utilidad de dominar todo Mindanao, puesto que ya en Butuan, Caraga y Dapitan existían *Presidios* de españoles (1), dispuso, además, teniendo en cuenta que Rodríguez de Figueroa se había obligado á hacer por su cuenta la conquista, que la continuasen sus herederos. El tutor de éstos no se avino con tal obligación, fundándose en que la muerte de Figueroa eximía á sus hijos de semejante empresa, y el asunto fué sometido á los tribunales de justicia. En vista de ello, y para no perder tiempo, resolvió la autoridad continuar la conquista de Mindanao por cuenta del Erario público, sin perjuicio del reintegro correspondiente por parte de los herederos de Figueroa, si á ello hubiere lugar en justicia, encomendando su realización al maestro de campo D. Juan Ronquillo, bajo cuyo mando fueron 2 jefes, 5 oficiales y 400 soldados. En sustitución del padre Campo, víctima de unas calenturas malignas á los cuatro meses de su estancia en Mindanao, iba con Ronquillo el padre jesuita Juan de Sanlúcar.

Ronquillo, á su llegada, confirmó la amistad y buenas relaciones establecidas con los moradores de Tampacan y Lumaguan. Hizo luego algunas salidas al territorio de los buhayenes, sin gran éxito; pues éstos sabían defenderse con ardor favorecidos por el terreno, en exceso pantanoso, que fatigaba mucho á las tropas españolas.

La escasez de recursos, la dificultad de comunicaciones para el caso de un contratiempo, y la tenacidad de los moros que no dejaban de asediar á los españoles,

(1) Presidio, en su acepción militar, equivale á ciudad ó fortaleza que se pueden guarnecer con soldados.

poco contentos ya de la empresa, determinaron el que Ronquillo expusiera á Manila su crítica situación y la conveniencia de retirarse del río de Mindanao, estableciendo una fortaleza en un puerto próximo; y pedía licencia para regresar á la capital con el resto de la expedición, una vez aquella fortaleza en estado de defensa.

El régulo de Mindanao, Buhisan, no considerándose bastante fuerte desde la llegada de Ronquillo, marchó á Ternate en demanda de socorros. Facilitáronle sus aliados siete embarcaciones de las llamadas *joangas* (1), bien artilladas, y sobre 600 hombres. Sorprendidos á su regreso en la bahía Illana por el sargento mayor García Guerrero, que mandaba dos galeras, entablóse entre ambas escuadrillas un formidable combate, pereciendo acuchillados los 600 auxiliares de Buhisan; éste logró salvarse á nado. Nuestros soldados, en número de 116, iban dirigidos por los capitanes González de Arellano, Cristóbal de Villagra y Alonso de la Palma, quienes se condujeron en esta jornada con admirable arrojo.

Los buhayenes, afectados por su derrota, solicitaron paces, siéndoles otorgadas.

Pidieron también volver á la amistad de los tampacanes; y para demostrar su buena fe, convínose el casamiento del régulo de Buhayen, Silonga, con la hija de Dongonlibor, régulo de Tampacan. Con esto cesó la guerra; hubo abundancia de bastimentos, y los españoles andaban libremente por el territorio de Buhayen, sin ser molestados en lo más mínimo de los moros. En vista del diferente aspecto que presentaban los sucesos

(1) Buques con 20 á 24 bogas, provistos de cubierta y armados con algunos pinzotes.

de Mindanao, Ronquillo participó al gobernador las novedades habidas, pidiéndole órdenes.

A tal punto llegó el ascendiente de las fuerzas españolas, que los joloanos, cuya isla pertenecía en encomienda á D. Pedro de Oseguera, acudieron á pagar á su hijo y sucesor del mismo nombre el ligero tributo que les adeudaban.

Cuando llegó á Manila el apremiante despacho de Ronquillo en súplica de autorización para retirarse del río de Mindanao, contestó el gobernador que si era de todo punto imposible sujetar la tierra y seguir la campaña con provecho, la abandonasen, después de un supremo esfuerzo por vencer á los moros. Le prevenía que en aquel caso quemara el fuerte y población de los españoles, trasladándose con todas sus tropas y buques á la Caldera, donde debería dejar un presidio y fortaleza con la artillería, bastimentos y embarcaciones necesarias; y que hiciese entender á los aliados tampacanes que en breve volverían los españoles con mayores fuerzas, pudiendo, hecho esto, regresar á Manila.

Ronquillo, tan luego recibió esta comunicación, en vez de aguardar las nuevas órdenes que seguramente habían de serle comunicadas, con vista de su segundo despacho, y de sacar partido de su ventajosa situación, esperando las felices consecuencias de la reducción de los mindanaos, quienes se sometieron tan decididamente que los principales dattos daban sus hijas en matrimonio á nuestros soldados, se contentó con lo hecho y, escudado por la autorización de abandonar la isla, fortificándose en otro punto que como resolución á su primer consulta dió el gobernador general, convocó á los régulos de Buhayen, Tampacan y Lumaguan, noticiándoles que en cumplimiento de órdenes superiores regre-

saba con sus tropas á Manila. Produjo tan inesperada novedad disimulado gozo á los primeros y hondo pesar á los últimos, que amargamente se lamentaban del abandono de los españoles, puesto que ahora menos que nunca perdonarían los buhayenes el haber tenido que transigir con ellos, siendo segura su venganza.

Consoló Ronquillo á los fieles aliados diciéndoles que en el puerto de la Caldera quedaban tropas españolas prontas á defenderlos en el caso nada probable, por las paces ajustadas y buena armonía existente, de que sus temores se realizaran, y que además pronto irían socorros de Manila (1).

Las tropas quemaron el fuerte y la población española de Tampacan, y salieron del río Grande de Mindanao, procediendo al levantamiento de un fuerte en el puerto de la Caldera, á dos kilómetros y medio de Zamboanga.

Muchos tampacanes amigos ó deudos de los españoles, por virtud de los casamientos antes referidos, fueron en su compañía al nuevo establecimiento, renunciando á su patria y á los intereses que en ella dejaban.

En esto llegó la resolución del gobernador de Fili-

(1) "Pero la razón que los había de detener para no dejar perdido lo que tanto había costado, y en condiciones de guerra lo que aseguraba la paz, los apresuró á su riesgo, dándoles á entender los engañosos y afeminados deseos de las comodidades con que les brindaba la viciosa Manila que ya quedaba asegurado todo, y que no podían minorar sus atrevimientos contra la paz, temerosos y abatidos de nuestras armas. Como si en bárbaros se hubiera de hallar más fe de la que les persuaden sus conveniencias, ni más negación que la que mantiene el temor ó ejecuta la fuerza." (*Historia de las islas de Mindanao, Joló y sus adyacentes*, por el P. Francisco Combes, de la Compañía de Jesús.—Madrid, año de 1667, lib. II, pág. 83.)

pinas al segundo despacho de Ronquillo, previniéndole que bajo ningún concepto diera cumplimiento á su anterior providencia y que permaneciera en Mindanao, para donde en breve saldrían todo género de socorros, no mandándolos desde luego con el fin de que estas órdenes llegaran á su poder cuanto antes.

Ronquillo contestó manifestando que ya se hallaba en la Caldera y que era imposible su vuelta á las poblaciones del río Grande. Y sin aguardar más, encomendó el mando del fuerte al capitán Juan Pacho, dejándole 100 soldados, embarcaciones y alguna artillería y bastimentos, y regresó á Manila, determinación inconveniente á que deben atribuirse las guerras infinitas que después ha habido para recuperar aquel punto, cuyo abandono fué un error lamentable y más bien una felonía indigna, por el egoísta deseo de volver á Manila.

Ronquillo se detuvo en Otón, y así que el gobernador supo su mal comportamiento, lo mandó prender en el camino, sujetándole á un consejo de guerra; pero él se defendió con una carta particular que el gobernador acompañaba á su primer despacho, diciéndole que en todo caso se fuese á Manila con la gente, porque la había de menester para otras necesidades de las islas, á lo cual achacaba su determinación. Con esto se le dejó libre.

El nuevo gobernador de la Caldera, deseoso de renombre, cometió la imprudencia de dirigirse á Joló, con ánimo de realizar su conquista, para lo cual no disponía de fuerzas bastantes. Los moros, recobrados de su pasajero temor ante la salida de los españoles de Mindanao, se aprestaron á la lucha con fortuna tal, que sobreviniendo un fortísimo aguacero, mojó la pólvora é inutilizó los arcabuces, dejando á sus contrarios en situación apuradísima. Los joloanos hicieron en los nuestros

sangrienta carnicería. Pacho, víctima de su arrojo, quedó hecho trizas sobre la arena. Las consecuencias de esta derrota fueron, como no podía por menos, muy sensibles. A la muerte de Pacho tomó el mando de la Caldera el capitán Villagra (1598). Escasas eran las fuerzas que guarnecían la fortaleza y más escasos aún los bastimentos, por lo cual pidió socorros á Manila ó la autorización para abandonar el fuerte.

Gobernaba á la sazón las islas D. Francisco Tello de Guzmán, natural de Sevilla, caballero del hábito de Santiago y tesorero de la contratación de Indias, quien llegó á Manila el 1.º de Junio de 1596. Consultó el caso con la Audiencia, y no obstante el parecer de ésta, favorable al envío de socorros y á la conservación del fuerte, dió orden de que lo demoliesen y regresara su guarnición á Manila, cuya orden fué en seguida cumplimentada. Los naturales de Buhayen, Mindanao, Joló y aun los *tampacanes*, tan partidarios de los españoles, al ver el abandono del fuerte, se confederaron, poniéndose bajo las órdenes de los caudillos moros Silonga y Sali, y reuniendo 50 caracoas, tripuladas por unos 3.000 hombres perfectamente armados, invadieron por el mes de Julio de 1599 las costas de Cebú, Negros y Panay, cometiendo todo género de atropellos y muertes y cautivando 800 personas. Las autoridades y los indios, aterrados, huyeron á los montes, de donde costó mucho trabajo hacer salir á éstos, á causa de que una anciana agorera ó sacerdotisa, llamada Dupungay, les predijo que los españoles estaban de acuerdo con los moros para su completo exterminio. Los moros regresaron á su país cargados de botín y de cautivos.

Esta invasión pirática repitióse al siguiente año en mayor escala, pues se hace subir á 8.000 hombres los

que la componían, repartidos en 70 embarcaciones, yendo á caer sobre la villa de Arévalo (Iloilo), creada por Ronquillo. El alcalde mayor, D. Juan García de Sierra, hizo reunir á todos los españoles de dicha provincia, que ascendían á 70, y á 1.000 indios flecheros, y fortificáronse en un fuerte. Llegan los moros, desembarcan y se empeña tremenda lucha, en que á la postre salen éstos vencidos, teniendo que retirarse con pérdidas considerables. El alcalde mayor, Sierra, con ánimo denodado, salió en persecución de los piratas; pero avanzó más de lo conveniente, los enemigos lo cercaron, y pagó con la vida su ardimiento.

En vista de tan horribles atentados, dispuso Tello la salida de una expedición al mando de Juan Juárez Gallinato, quien en Febrero de 1602 llegó á Joló, seguido de 200 españoles. Se batieron bizarramente, causando á los moros bastantes pérdidas, pero sin lograr poseionarse de sus fuertes. La escasez de recursos les hizo volver á Manila, con lo cual cobraron los joloanos mayores bríos, que á poco se tradujeron en nuevas excursiones piráticas.

CAPÍTULO III.

Gobierno de Bravo de Acuña.—Ida del gobernador á Visayas.—Excursiones de los piratas moros.—Sus depredaciones.—Sale contra ellos el capitán Gaspar Pérez.—Su poca actividad.—Peligro de Acuña.—Halla á Pérez y le ordena persiga á los piratas.—Logra éste destruir algunos de sus buques.—Brillante hecho de armas del capitán Travelo.—Diversas expediciones contra Mindanao, Joló y Basilan.—Embajada de Silonga.—Proposiciones del gobernador.—Exigencias de Buhisan.—Nuevo enviado de Buhayen.—Procura Acuña dar largas al asunto con motivo de su expedición á las Molucas.—Mando de D. Juan de Silva.—Ida del capitán Vega á Visayas y Caraga en persecución de moros.—Hostilidades de los holandeses contra Filipinas.—Los malayo-mahometanos tratan de aliarse con aquéllos.—Victoria del capitán Flores sobre una armadilla joloana.—Salen contra estos piratas fuerzas marítimas de Cebú y de Cavite.—Nuevas depredaciones de los joloanos.—Destruyen los astilleros de Cavite y Camarines.—Cautiverios que realizan.—Establecimiento de una armadilla de joangas en Iloilo.

En Mayo de 1602 se hizo cargo del mando superior de Filipinas D. Pedro Bravo de Acuña, caballero del hábito de San Juan, y gobernador que había sido de Cartagena de Indias.

Deseoso Acuña de refrenar la osadía de los piratas, salió en persona á visitar los *Presidios de Pintados*, yendo á la provincia de Iloilo, tan castigada por los moros. Llevó consigo 100 soldados españoles y algunos capitanes valerosos, en una galera y cinco fragatas, dejando ordenada, á su salida de las Visayas, la construcción de una fortaleza en Iloilo y otra en la villa de Arévalo.

Los moros, ensoberbecidos con sus triunfos, armaron en las costas de Mindanao 48 caracoas de gran porte y otras muchas embarcaciones pequeñas, con cuya escuadra salieron á piratear, infiriendo daños sin cuento por todas partes, dirigidos personalmente por el régulo moro Buhisan. Un buque que iba de Cebú á Manila cayó en su poder, y en él apresaron á una española, 10 españoles y al capitán D. Martín de Mendía. En Dulac prendieron á su misionero Fr. Melchor Hurtado, quien permaneció cautivo en Mindanao cerca de un año. En Calibaya, pueblo situado á 125 kilómetros de Manila, quemaron el convento é iglesia de los padres franciscanos, y por poco apresan al religioso de dicha orden, Fr. Pedro Matías, recién electo provincial, que en la actualidad practicaba su primera visita (1). Hicieron muchos cautivos, apoderándose de cuantos objetos de valor había en las viviendas de los indios, y hasta se llevaron las campanas de las iglesias. Fueron en seguida á Balayán; pero, rechazados de ese punto, se trasladaron á Mindoro, distante 33 millas de aquel lugar y 60 de Manila. Incendiaron el pueblo; hicieron muchas muertes; saquearon la iglesia y prendieron al canónigo Corral, que accidentalmente desempeñaba la administración de aquel curato, cautivando multitud de personas de todos sexos y edades. El capitán Mendía ofreció á los moros un fuerte rescate por los principales cautivos si le permitían ir á Manila. Accedieron á ello bajo ciertas condiciones; mas así que llegó á Manila, ordenó el gobernador interino, D. Antonio de Rivero, que saliera el capitán Gaspar Pérez, alcalde de Balayán, en busca de los piratas, pero no lo verificó con la necesaria brevedad

(1) Este religioso fué después obispo de Camarines.

y cuando llegó á Mindoro hacía una semana que habían partido los piratas, cargados de despojos, prosiguiendo en su seguimiento, aunque sin darse gran prisa. Los moros se internaron en una isla despoblada, á hacer leña y agua.

El gobernador general, á su vuelta de Visayas, pasó muy cerca de esta isla, con grave riesgo de ser preso, si los moros lo hubiesen descubrierto y atacado, porque llevaba fuerzas muy inferiores á las de aquéllos. Por un buque de indios que iba huyendo de los piratas, supo que los moros estaban en la expresada isla, y como halló al capitán Pérez, que regresaba á Manila, le ordenó continuara la persecución de los mindanaos, dándole alguna gente, para que supiera dónde quedaban.

Al avistar los centinelas de los piratas al enemigo, abandonaron su refugio, arrojando al mar algunos efectos y hasta esclavos, para huir con más celeridad. Por la pesadez de los buques españoles, sólo pudo dicho capitán dar alcance á varias caracoas de aquéllos, con quienes sostuvo un corto combate, en que murieron muchos mindanaos, echándoles á pique cinco de sus barcos y cogiéndoles dos, pero no dió caza á los demás y regresó á la capital.

Las fuerzas disponibles eran insuficientes para la eficaz persecución de los moros, por cuyo motivo se accedió sin dificultad á la petición del capitán Travelo de armar á su costa 50 españoles y 100 indios. Con esta gente fué á caer sobre Marapón, á donde los piratas estaban repartiéndose el botín, y logró dar muerte á unos 200, apresando á 90.

A pesar de tan repetidas expediciones contra Mindanao, Joló y Basilan, en las cuales sufrieron los piratas pérdidas de embarcaciones, no por esto se conseguía

tenerlos á raya, ni tampoco evitar los males horribles que causaban á los pueblos de las provincias pertenecientes á España, pues sus moradores, aterrados, huían á los montes al tener noticia de la proximidad de los piratas, no obstante los esfuerzos de los frailes, quienes daban á sus feligreses el ejemplo de la resistencia, siendo los primeros en empuñar las armas, único medio de que los indios se sobrepusieran al pánico terrible que los moros les inspiraban.

Temeroso Silonga de las represalias de los españoles, con motivo de las piraterías realizadas, envió á uno de sus principales dignatarios en compañía del alférez Cristóbal Gómez Miño, su cautivo, á negociar un convenio de paz y amistad con el gobierno de Filipinas. No desconocía Acuña la falacia de los malayo-mahometanos; pero disimuló, y agasajando al enviado, le despachó con cartas para el régulo de Buhayen. Recibió éste á los embajadores con mucho aparato, mostrando vivo placer al serle entregados los pliegos del gobernador general. Acuña, en su carta, decía á Silonga que mantuviese su territorio por España, sin ofender á la gente de la isla ni á las otras del gobierno de Castilla, y aceptaba la amistad y sumisión al Rey ofrecida por los moros. Prevenía á éstos que depusieran las armas, que se abstuviesen de más guerras, y que cambiasen sus cautivos cristianos por los prisioneros moros que remaban en las galeras españolas, aconsejando á Silonga despediese á los indígenas de Ternate y que le ayudara con su gente y embarcaciones en la conquista de las Molucas; pretensiones todas perfectamente irrealizables, porque además de no ser prácticas, en todo pensaban los moros menos en cumplirlas.

Exigió Buhisan por el rescate del P. Hurtado un

falconete que perdiera en las contiendas anteriores, y que tenía en gran estima, ó que en su defecto se le abonasen 400 taeles de oro. Mantuvo en rehenes cuatro españoles, yendo á Manila el P. Hurtado, el alférez Gómez y algunos cautivos visayas, en unión de un hermano del príncipe de Talayan, llamado Nalungman, portador de los cálices y ornamentos que los piratas habían cogido en las iglesias de los pueblos saqueados, y de dos regalos, uno para el gobernador general y otro para el arzobispo.

Estaba Acuña sumamente preocupado con los preparativos de su expedición á las Molucas, y deseando ganar tiempo y entretener á los moros, encargó al P. Hurtado volviese á su cautiverio, con carácter de embajador y nuevas cartas, como lo hizo en Abril de 1605. El padre misionero permaneció entre los moros, muy bien atendido por Silonga, hasta que Acuña regresó victorioso de Molucas y alcanzó aquel religioso en definitiva su libertad.

En Abril de 1609 tomó posesión del alto empleo de gobernador general de Filipinas el Sr. D. Juan de Silva, caballero del hábito de Santiago y distinguido oficial de los tercios de Flandes, de donde llevó á Manila cinco compañías de soldados bizarros.

Como hombre ducho en las lides de la guerra, dedicó desde los primeros momentos atención preferente á la represión de la piratería, no concreta en su tiempo á los malayo-mahometanos, sino agravada por la presencia en aquellos mares de corsarios holandeses.

Por orden de Silva salió el capitán D. Juan de la Vega con 18 caracoas, tres fragatas y otras embarcaciones menores á recorrer las provincias de Iloilo, Cebú y Leyte, con el fin de ahuyentar de sus costas á los pi-

ratas mindanaos. Pasó después á Caraga, cuyos indígenas venían molestando también á las provincias de Visayas con sus excursiones piráticas. Sujetó á aquellos belicosos indios, y, para tenerlos á raya, hizo edificar la fortaleza de Tandag, que aún existe, donde dejó cañones y una guarnición de soldados (1609).

En Setiembre de 1616, el almirante holandés J. Spielberg, con diez navíos de gran porte, bombardeó á Iloilo, siendo rechazado, al verificar el desembarco, por el heroico gobernador de la provincia D. Diego de Quiñones, que los hizo reembarcarse con pérdida de 87 muertos y 100 heridos.

Al amparo de los holandeses, y solicitados por éstos, acudió á la parte O. una escuadrilla de 24 piraguas tripulada por joloanos. El capitán Lázaro Flores, que salió á su encuentro por orden de Quiñones, los halló en Punta Potol, puso á los moros en dispersión, echando á pique 6 piraguas y rescatando 40 cautivos.

Otra armadilla salió de Cebú: sorprendió á 8 caracoas piratas en el estrecho de Tanhay, entre aquella isla y la de Negros. Dos quedaron destruídas, y las demás huyeron á toda prisa imposibilitando el darles caza.

También de Cavite, á cuyas aguas llegaron algunos buques de Joló y Mindanao con el fin de reunirse á los holandeses, salieron dos galeras y fracasó el intento, con pérdida de embarcaciones piratas.

Prevalidos de la impunidad en que se les dejaba, por causa de distraer los holandeses las fuerzas marítimas del Archipiélago, cometieron los joloanos, por esta época, depredaciones sin cuento. En Octubre de dicho año su osadía llegó á tal punto, que incendiaron los astilleros situados en las inmediaciones de Cavite, destruyendo además el de Pantao, en Camarines, á pesar de

estar guarnecido y artillado. Quemaron 3 buques y las dependencias de la maestranza, cuyas pérdidas se valoraron en un millón de pesos; mataron á los capitanes Arias Girón y Juan Pimentel, é hicieron muchos cautivos, contándose entre ellos los religiosos franciscanos Fr. Domingo de los Mártires y Fr. Alonso de la Soledad, cuyo rescate les valió crecidas sumas.

A consecuencia de tan vandálico atentado, se dispuso la construcción de una armadilla de *joangas*, estacionándola en Iloilo.



CAPÍTULO IV.

Gobierno de D. Fernando de Silva.—Los piratas camucones.—Sus fechorías.—Sale contra ellos la armadilla de Iloilo.—Gobierno de Niño de Tabora.—Expediciones á Joló de Lugo y Olaso.—Embajada del sultán de Mindanao.—Correrías de los moros por Visayas.—Expedición de Tousiño á Joló.—Rebelión de los caragas.—Sus tropelías y su castigo.—Interinidad de Cerezo de Salamanca.—Osadía de los piratas de Mindanao y Joló.—Sus depredaciones por Luzón y Visayas.—Quejas de los religiosos.—Establecimiento de un presidio en Zamboanga.—Oposición que motiva.—Esfuerzos de los jesuitas en su favor.—Expedición del capitán Chaves para establecerlo.—Gobierno de Hurtado de Corcuera.—Intrigas en contra del presidio de Zamboanga.—Triunfo de los jesuitas.—Vandálicas correrías de los moros por Calamianes, Mindoro y otros puntos.—Brillante victoria de los españoles contra ellos en Punta de Flechas.—Correrías de los camucones.—Sus vicisitudes.

En Junio de 1625 entró á ejercer el gobierno de Filipinas D. Fernando de Silva, nombrado con el carácter de interino por el marqués de Cerralbo, virrey de Nueva España. Era Silva caballero del hábito de Santiago y había sido embajador de España en Persia.

El 9 de Noviembre del mismo año fué saqueado el pueblo de Catbalogan, capital de la provincia de Samar, por unos crueles piratas llamados *camucones*, habitantes de las islas próximas á Borneo. Lleváronse infinidad de objetos de las iglesias y de las casas, y á más 40 personas cautivas, después de dar muerte á 20 entre ancianos, mujeres y niños. Iguales violencias cometieron en

otros pueblos, y á su regreso apresaron, cerca de la isla de Marinduque, á un barco en que iba de pasajero el padre jesuita Juan de las Misas, al que despedazaron, llevándose el cráneo como trofeo.

La armadilla de Iloilo y algunos esforzados indígenas del pueblo de Otón, de dicha provincia, salieron con sus *barotos* en persecución de los *camucones*, yendo hasta sus propias madrigueras. Incendiaron un pueblo y redujeron á prisión al *pandita* (sacerdote) de su secta, con sus 6 mujeres y un sin número de hijos.

En Junio de 1626 fué sustituido Silva por el electo gobernador en propiedad D. Juan Niño de Tabora, caballero del hábito de Calatrava y comendador de Puertollano, el cual llevó á Manila 600 hombres de guerra, procedentes del ejército de Flandes.

El alcalde de Cebú, D. Cristóbal de Lugo, hizo en 1627 una excursión á Joló, al frente de 100 españoles y 1.000 indios. Desembarcados en las inmediaciones de aquel puerto, y vadeando un río con el agua hasta la cintura, se apoderaron en la capital de armas, pólvora, azufre y del estandarte real; destruyó varios sepulcros y entre ellos el del sultán, que era magnífico; incendiaron sobre 60 joangas, el caserío y las sementeras de arroz, y dieron libertad á muchos cautivos, no sin que en la defensa dejara de haber muertos y prisioneros de parte de los joloanos, sobrecogidos por tan rudo ataque.

Además apresaron sobre 100 embarcaciones, y lo mismo hicieron en Basilan, cuyos insulares, capitaneados por su régulo Sapay, auxiliaban en sus correrías á los joloanos. Estos, sin embargo, repitieron sus ataques, y el maestre de campo D. Lorenzo de Olaso, por orden del gobernador general de las islas, salió en 1628 para

Joló, al frente de 350 españoles y 2.000 indios, distribuidos en 70 embarcaciones. Llevaba el mandato de apoderarse de Joló. Verificado el desembarco, cubriéronse las playas de innumerable multitud de moros, que defendían valerosamente el terreno. Los españoles atacaban con impetuosidad, haciendo replegarse á los joloanos, en cuyo seguimiento llegaron hasta el pie de sus fortificaciones. Olaso, con valor temerario, se adelantó al asalto; pero cercado de gran número de moros, cayó herido, malográndose así el éxito de la expedición. Sus tropas desistieron del asalto, reembarcándose con los heridos. Recorrieron las costas vecinas, donde dieron muerte á unos 40 moros y libertaron á algunos cautivos. Olaso, ya restablecido, celebró un tratado de paz con el régulo de Mindanao y regresó á Manila. Esta expedición, como se ve, fué de escasos resultados.

En 1627 el sultán de Mindanao, Corralat, mandó una embajada á Manila, muy importante, y que no se utilizó, ofreciendo sitio en sus dominios donde poder fundar un presidio ó fortaleza y guarnición, autorizando predicar la ley cristiana, y á sus vasallos el que se bautizasen siempre que en ello no se les hiciere violencia.

En el citado año de 1629 los insolentes joloanos y camucones infestaron las Visayas con sus correrías. En Capul, en Palapag y en todo Samar, en Paranas (Leyte), Baclayon, Dagami y otros puntos, sus atropellos fueron horribles. Huyeron los indios al monte con los religiosos, algunos de los cuales iban revestidos, por hallarse diciendo misa, abandonando al sacco de los moros, cálices, patenas, ornamentos y cuanto en sus iglesias había (1).

(1) P. Murillo Velarde: *Historia de la provincia de Filipinas*, 1749.

Capitaneaba á los moros el datto Achén. Este afamado pirata prendió en Calamianes al fraile recoleto Fr. Juan de San Antonio, teniéndolo cuatro años cautivo en Joló, donde murió. Al religioso de la misma orden Fr. Francisco de Santa Mónica, párroco de Divait, atravesaron con sus lanzas, hallándose en el coro.

Obtenido rico botín de esta expedición, regresaron los crueles piratas á sus islas.

En 1630 partió otra expedición contra Joló, dirigida por el sargento mayor D. Pedro Tousiño, cabo de Dapitan, destruyendo á los moros 7 grandes joangas y 33 embarcaciones menores. A su paso por Zamboanga y Basilan, fué bien recibido.

Hacia 1629 principió á encenderse el espíritu de la rebelión entre los indígenas de Caraga. Era jefe de la fuerza de Tandag el capitán D. Pedro Bautista, quien con su poco tacto dió lugar á quejas por parte de los indios. Explotó sagazmente este descontento el sultán de Mindanao, Cachil Corralat, y en la primera ocasión manifestóse el efecto de sus intrigas.

El 4 de Julio de 1631 salió Bautista de la Fuerza con diez embarcaciones tripuladas por los indios más caracterizados de la localidad, con sus servidores, yendo por jefe de cada una de aquéllas un soldado español. Llegados á Bapangao hicieron 16 cautivos, de los cuales puso siete en libertad uno de los jefes indios llamado Dumblag. Quiso castigarlo el capitán, se le rebeló aquél, lo puso en prisión y le formó proceso. Valintos, pariente de Dumblag, en venganza, mató por sorpresa al capitán, y los parciales del asesino alancearon á los españoles que estaban desprevenidos, sin perdonar al padre agustino, Fr. Jacinto de Jesús María, que les acompañaba. La insurrección se hizo general, capita-

neada por el temido cacique Mangabo. En el pueblo de Tandag dieron muerte á los PP. Alonso de San José y Fr. Juan de Santo Tomás, quemando su morada después de saquearla. Mataron también al religioso del pueblo de Surigao, y en el de Bacuag á tres españoles, capitulando con el P. Fr. Lorenzo de San Facundo y un lego que les hicieron frente. Conducidos el religioso y el lego á presencia de Mangabo, éste se opuso á que fueran alanceados como querían los indios, y permitió al P. Lorenzo que pasara á curarse al fuerte español, con el sagaz intento de que se le tuviera en cuenta su generosidad, si las alternativas de la guerra le eran adversas.

Valintos fué á Butuan con cartas de Corralat en que aconsejaba la insurrección; pero los indígenas de este leal pueblo se negaron á secundar sus planes.

Los españoles encerrados en el fuerte de Tandag notificaron á Cebú lo ocurrido, pidiendo auxilios. Llévelos el capitán D. Juan de Chaves; mas no atreviéndose á tomar la ofensiva por considerarlos insuficientes, entretuvo á los sublevados con negociaciones de paz. Llegó en esto mayor socorro de Manila, y se procedió al castigo de los motores del levantamiento, siendo indultado Mangabo, por intercesión de los religiosos, lográndose en breve la pacificación de la comarca.

El virrey de Nueva España proveyó interinamente el gobierno de Filipinas en D. Juan Cerezo de Salamanca, quien se hizo cargo de su destino á mediados de 1633.

Su mando fué en un principio pacífico; pero en 1634 la osadía de los piratas malayo-mahometanos de Mindanao y Joló llegó hasta el punto de saquear la cabece-

ra de Tayabas (Luzón), cuyo alcalde mayor prendieron, matando á varios religiosos y á muchos indígenas. Mayores vejaciones cometieron aún en Visayas. En la isla de Leyte robaron y quemaron los pueblos de Sogod, Cabalian, Canamucan, Ormoc y Baybay, pereciendo muchos indios en la defensa de sus pueblos. En Ormoc sufrió cruel muerte el padre jesuita Juan del Carpio, cuyo cadáver mutilaron horriblemente (3 de Diciembre). Concurrieron al asalto de este pueblo 18 caracoas con más de 1.500 moros, yendo otras cuatro á Baybay, donde también causaron grandes daños, así como en Malabohoc é Inabangan (Cebú).

Para contenerlos un tanto salió de Iloilo un champán bien artillado, el cual dió caza á dos caracoas piratas.

Con las tropelías de los moros, el temor y la alarma en Visayas era extraordinaria. Representaron contra semejante estado de cosas todos los religiosos de los pueblos amenazados, distinguiéndose principalmente los jesuitas, y entre éstos los PP. Pedro Gutiérrez y Diego Patiño; y conociendo el gobernador general la necesidad de vigilar de cerca á los atrevidos piratas, decretó el establecimiento de un presidio y fortaleza en Zamboanga, y que para ayuda de gastos contribuyera cada tributo de Visayas con una ganta de arroz (1).

Este acuerdo fué muy combatido por parte de las comunidades de regulares, celosas de la preponderancia que los padres de la Compañía de Jesús iba adquiriendo en las islas. A pesar de ello y del parecer contrario de las personas más caracterizadas de Manila, el goberna-

(1) Esta contribución se hizo extensiva después á todas las provincias con el título de «donativo de Zamboanga.»

dor general encomendó la ejecución de aquella medida al capitán Juan de Chaves, quien se trasladó á Mindanao desde Cebú á últimos de Marzo de 1635 con 300 españoles y 1.000 indios de Visayas. El 6 de Abril siguiente llegaron á Zamboanga. Dispuso Chaves que el capitán Diego Morales de Becerra, seguido de su compañía, reconociera la playa y pueblos de los moros, y así lo hizo, quemando sus casas y desalojándolos de los puntos que ocupaban. El 23 de Junio se comenzó á edificar una fortaleza, bajo la dirección y con arreglo á los planos levantados por el inteligente padre jesuita Melchor de Vera. Concluyóse la obra con brevedad suma, sin omitir ninguna de las reglas del arte. Para dotarla de agua, abrieron una zanja desde un río distante, cuyo canal fertiliza extensa campiña, pasa inmediata á la fortaleza y desagua en el mar.

El 25 de Junio del citado año 1635 tomó posesión del gobierno general de Filipinas D. Sebastián Hurtado de Corcuera, natural de las montañas de Burgos, caballero del hábito de Alcántara y ex-gobernador de Panamá.

Los enemigos de la fundación del presidio de Zamboanga se apresuraron á ponderar al nuevo gobernador los inconvenientes y perjuicios de su sostenimiento, á fin de que decretara su abandono; pero los jesuitas, que ejercían gran ascendiente sobre Hurtado de Corcuera, lograron una completa victoria, y el presidio subsistió, con gran disgusto de los impugnadores, resentidos al ver la jactancia de los jesuitas por su ensalzado triunfo.

Mientras la capital de Filipinas ardía en guerras intestinas y los jesuitas pleiteaban contra el Arzobispo, apoyados por el gobernador, haciéndose horrible guerra frailes, jesuitas y clérigos, los piratas malayo-maho-

metanos asolaban las provincias limítrofes á sus islas bajo las órdenes del feroz Tagal, hermano del sultán de Mindanao. En Cuyo prendieron al corregidor Don Diego de Alabes y al religioso Fr. Francisco de Jesús María, después de saquear el pueblo y profanar los cálices en la misma iglesia; en Culiong aconteció otro tanto, apoderándose de su ministro Fr. Alonso de San Agustín, y por las inmediaciones de dicha isla prendieron al P. Fr. Juan de San Nicolás, que en vano trató de ocultarse.

Pasó Tagal á Mindoro, y hubo en varios pueblos los consiguientes robos y cautiverios. En esta isla dejó á D. Diego de Alabes con objeto de que buscara en Manila el importe del rescate suyo y de los tres religiosos recoletos, á razón de 2.000 pesos y 30 taeles de oro por cada persona. A poco de llegar á la capital murió Alabes de resultas del susto y de los trabajos sufridos.

Llenas las embarcaciones piratas de despojos, y teniendo á su bordo sobre 650 cautivos, resolvieron los moros regresar á sus madrigueras satisfechos de las terribles hazañas realizadas.

Un *lútao* (1), llamado Iba, enteró al gobernador del presidio de Zamboanga, D. Bartolomé Díaz Barrera, de que Tagal volvía de su referida excursión con abundante botín. Barrera dispuso que el sargento mayor, D. Nicolás González, saliera con el capitán Sebastián de Catzelú y seis caracoas para cortar la retirada á los

(1) *Lútao*: hombre flotante. Los moros habitan á orillas de los ríos y lagunas ó en las costas, en casas levantadas sobre pilotes enclavados dentro del agua. Son excelentes nadadores: el mar parece su propio elemento.

Los *lútaos* establecidos en Zamboanga descendían de moros.

moros, llevando por piloto á Iba. Éste los condujo al sitio conocido por Punta de Flechas, hacia la costa S. de Mindanao, 120 millas de Zamboanga. «Creen los moros que en este lugar reside una gran deidad de la guerra, que tiene por grato sacrificio que le ofrezcan flechas, y ésta es la causa que al salir armada y al volver reconocen esta punta disparando muchas flechas en honra del Divata ó ídolo que allí adoran» (1). Los piratas fueron á practicar su supersticiosa ceremonia en demanda de permiso al genio del mal que allí habita. Sorprendidos á su llegada, embistiéronse cristianos y moros con el ardor propio de encarnizados enemigos, y al cabo de un largo combate, amarrados barco con barco, logró el mayor González dar muerte á Tagal, apresando el buque de su mando y cuatro caracoas más. Recuperó las alhajas, ornamentos de iglesia y demás despojos del saqueo, y halló 6.000 pesos en la papelera del caudillo pirata. Murieron en la refriega 300 moros, entre ellos un hermano de Tagal. Otros 300 quedaron prisioneros, y dió libertad á 132 infelices cautivos. Igual número perdieron la vida, durante la acción, por las balas de los nuestros. La caracoa en que llevaban maniatados dos frailes recoletos y multitud de cautivos, huyó sin que pudiera ser alcanzada.

El P. de Cuyo, que iba en la capitana de Tagal, fué herido por las balas de los españoles, y de resultas de sus heridas murió en brazos del mayor González.

En el expresado año de 1636 los camucones cautivaron en Ibabao más de 100 personas.

(1) Carta del P. Alejandro López, rector del Colegio de la Compañía de Jesús, de Cavite, dirigida á los PP. Diego de Bobadilla y Simón Costa, procuradores de la provincia de Filipinas, á la sazón en camino para Roma. Fechada en Cavite á 15 de Setiembre de 1637.

Perseguidos por el capitán Mena, á quien acompañaban seis frailes franciscanos, vararon en Capul siete caracoas, recobrando la libertad muchos cautivos, con muerte de varios camucones. Otra escuadrilla de estos piratas cautivó en Bagahun bastantes indios.

Alcanzados en aguas de Cebú, sufrieron algunas bajas.

En Panay arrojó un temporal tres caracoas á la costa, quedando prisioneros los piratas que salvaron del mar. En Calamianes se les cogieron dos caracoas, con 20 cautivos. Ya próximos á Borneo, lucharon con 30 caracoas de joloanos, enemigos suyos á la sazón, cogiéndoles éstos sus 15 buques, en que iban 150 camucones y 100 indígenas filipinos.

En Zamboanga desembarcaron á los filipinos cautivos mediante un módico rescate (1).

(1) Carta del P. Alejandro López.



CAPÍTULO V.

Alarma del Gobierno por la incesante guerra de los piratas moros.— Resuelve Hurtado de Corcuera la conquista de Mindanao y Joló.— Parte para Zamboanga.—Su religiosidad durante la navegación.— Aprestos militares en Zamboanga.—Sale contra el sultán de Mindanao Corralat.—Supersticiones y exorcismos en Punta de Flechas.— Descubre á Lamitan, corte de Corralat.—Desembarco del general y parte de sus tropas.—Rápida marcha.—Escasa defensa de los mindanaos.—Su huida.—Toma de Lamitan.—Refúgiense los moros en un alto cerro fortificado.—Ordena el general un reconocimiento.— Insuperable dificultad del terreno.—Ataque de la vanguardia.—Notable defensa de los mahometanos.—Inútil empeño de las tropas.— Acude Corcuera, reprende el empeño y toca retirada.—Celebran los moros su triunfo.—Ordena Corcuera el ataque por distinto sitio.— Rápida marcha del mayor González.—Asombro de los moros.—Brillante ataque de los españoles.—Derrota y huida de los mindanaos.—Conquista del Cerro.—Despojos que hallan.—Es arrasada la fortaleza y el caserío.—Despacha el general un emisario al rey de Buhayen exigiéndole su sumisión.—Regresa Corcuera á Zamboanga.— Sumisión del rey de Buhayen.—Idem del régulo de Basilan.—Disposiciones de Corcuera.—Regresa á Manila.

Los piratas malayo-mahometanos del sur de Filipinas, á pesar de sus derrotas, repetían anualmente sus vandálicas excursiones, corriendo á sangre y fuego las poblaciones sometidas al dominio español. Las autoridades de Manila llegaron á preocuparse seriamente con tan incesante y porfiada guerra.

El Arzobispo metropolitano había expuesto al Rey los males que sufrían los indios con las invasiones de

los piratas, calculando que en un período de treinta años no bajaban de 20.000 las personas cautivadas. El Gobierno de la nación, justamente alarmado, ordenó que á todo trance se pusiera fin á semejante estado de cosas.

Resuelto D. Sebastián Hurtado de Corcuera á concluir de una vez con los audaces piratas, decidió realizar la conquista de Mindanao y Joló, única forma de obtener resultados positivos, puesto que el sistema hasta entonces practicado de expediciones aisladas había sido de tan escaso éxito.

Dispuso el general Corcuera con laudable actividad los aprestos necesarios, y el 2 de Febrero de 1637 partió para Zamboanga.

Llevaba consigo cuatro compañías de soldados españoles, tres de marinos y un buen número de indios visayas y pampangos.

Iban en la capitana con el gobernador general su confesor el P. Juan Barrios y el célebre P. Marcelo Francisco Mastrilli, ambos jesuitas. «Se decía misa, y rezaban todos los días á coros con el gobernador el oficio mayor, y el de Nuestra Señora, y maitines de difuntos. Por la tarde vísperas y maitines del día siguiente, y los de Nuestra Señora; al anochecer la Salve, con letanía pública.

»Luego se rezaban las ánimas, y por remate se contaba un ejemplo; de suerte que parecía la embarcación un monasterio muy observante (1).»

(1) Combes.—Murillo Velarde.

No deja de contrastar este celo religioso del gobernador general de Filipinas con su conducta verdaderamente atea contra el Arzobispo de Manila, á causa de las tremendas luchas habidas entre éste y los padres de la Compañía de Jesús. Esto sólo prueba el gran dominio que sobre él ejercían los jesuitas.

El 22 llegó Corcuera á Zamboanga. En esta plaza se le unieron tres compañías más de españoles, formando un total de 760 peninsulares. También tomó cuatro piezas de artillería de montaña. Terminados sus preparativos, dió orden de marchar contra el sultán de Mindanao. Verificóse el embarque el 3 de Marzo, saliendo en este día los champanes y al siguiente las caracoas con el general gobernador. Al llegar á Punta de Flechas los vientos y el estado del mar dificultaban la navegación, achacando esto los supersticiosos indígenas á la protección que el genio del mal dispensaba á los moros. El P. Marcelo Mastrilli, capellán superior de la escuadra, conjuró con exorcismos el sitio tenido por encantado; dijo misa; quitó las flechas por allí clavadas, y con estas diligencias se decidió la armada á doblar la punta, consiguiéndolo al cabo con bastante trabajo (1).

Adelantóse con cuatro caracoas el general Corcuera, y el 13 llegó al río grande de Mindanao, llamado entonces río Corralat, en honor del sultán reinante. El 14 descubrió hacia su margen izquierda la importante población de Lamitan, residencia de Corralat. Hallábase fortificada y defendida por 2.000 hombres de pelea.

El general en jefe arengó á sus tropas, ponderando los ultrajes que incesantemente inferían aquellos bárbaros mahometanos á las poblaciones hispano-filipinas y á los templos cristianos. Aprovechando el ardor bélico de su gente desembarcó con 70 españoles, llevando á vanguardia dos piezas de campaña. Dos caminos se le presentaban para llegar á Lamitan; pero hizo

(1) Para que pasara la capitana, según el P. Concepción, siguiendo á los padres jesuitas Combes y Murillo Velarde, "recurrió el P. Mastrilli á los exorcismos, y echando al mar algunas reliquias, se vencieron tales impedimentos."

su buena estrella que siguiese el que parecía más abrupto, pues de haber tomado el más llano hubiera caído en una terrible emboscada. Penosa fué la marcha por tener que vadear multitud de veces uno de los brazos del río, siendo siempre Corcuera el primero en lanzarse al vado. En uno de sus recodos le asaltaron de improviso cuatro moros; mas él, arremetiéndoles con gran valor, los hizo huir heridos. Otro famoso moro, que acometió al capitán Ugalde, fué rechazado por éste y muerto por el ayudante Olazeran.

Redoblando la marcha, cayeron sobre la población de Lamitan, con gran pavor de los moros, por tan rápido como inesperado ataque. Sobrecogidos y turbados, su resistencia fué escasa, huyendo atropelladamente en pos del menguado Corralat, que, temeroso de caer en manos de los españoles, se enlodó la cara para no ser conocido.

Corcuera halló en Lamitan ocho cañones de bronce, 27 versos (especie de culebrinas de poco calibre), varios pinzotes, 100 arcabuces y mosquetes y muchas armas blancas.

Mandó ahorcar á 72 moros, quemar 16 pueblecillos, destruir 100 embarcaciones de todas clases y que talaran los campos, para que de este modo les fuese más sensible el escarmiento.

Corralat habíase refugiado con su gente en un alto cerro llamado *Ilihan* (fuerté por naturaleza), considerado como inaccesible é inexpugnable, tanto por su magnífica situación, como por estar cerrado por todas partes con baluartes y guarnecido por multitud aguerrida y fiera.

Corcuera decidió la toma del cerro. Dividió sus fuerzas en dos columnas, la una al mando del sargento ma-

yor González, con los capitanes Castelo y Becerra, 40 españoles y 110 indígenas de la Pampanga y de Caraga, y él se puso al frente de la otra con el resto de las fuerzas. El 17 emprendió esta columna silenciosa y ordenada marcha por un estrecho y áspero sendero, hasta donde la dificultad del terreno aconsejó al general detenerse para practicar un reconocimiento. Iban tan enardecidos por el afán de gloria los de la vanguardia, que, en vez de limitarse á cumplir las órdenes recibidas, prosiguen por el empinado cerro con más impaciencia y ardor que cordura, viéndose precisados, en un sitio en que la subida era extraordinariamente áspera, á sostenerse en las quebraduras de los peñascos y asirse de las raíces, llevando los arcabuces suspendidos de los hombros y las espadas sujetas con los dientes. El enemigo, posesionado de la eminencia, contribuía á dificultar el acceso con sus ataques. Logran, por fin, llegar á los más elevados pinachos; pero un profundo foso les impide el paso.

No les arredra, sin embargo, tan grande obstáculo, y, arrojándose al foso, intentan trepar la escarpa, sirviéndose, á falta de escalas, de sus manos y de sus dagas. Los más riegan con su sangre el suelo, ó caen muertos al fondo de la sima; el capitán Ugalde recibió dos balazos, y el sargento mayor D. Pedro Corcuera, no pudiendo sostenerse en pie á causa de sus heridas, hincó en tierra una rodilla y continuó en la defensa del puesto confiado á su brío. Para colmo de bravura, vióse al alférez Amezquita plantar la bandera española en la fortaleza enemiga, recibiendo por su temerario arrojo una lanzada en la cabeza y muchos flechazos en la garganta. Los moros defendían bravamente el terreno.

Admirado Corcuera de la tardanza en alcanzar la

victoria que los más animosos pregonaban, acudió á enterarse personalmente del motivo: al ver el inaccesible monte, el ancho foso y la situación del enemigo, comprendió la imposibilidad de obtener otro resultado que sacrificar sin provecho la vida de aquellos valientes; reprendió tan tenaz empeño y dispuso la retirada, no sin antes recoger sobre 80 heridos que sembraban el campo. Veintiséis infelices habían caído despeñados al foso, donde hubo que dejar sus cadáveres.

Celebró Corralat su victoria con cantos alegres y báquicos excesos; y mientras tanto, el general español buscaba un camino más accesible para dar cima á su arriesgada empresa.

A las veinticuatro horas marchaba el sargento mayor González con su columna por mejor sendero, á la espalda del cerro. Aún celebraban los moros su triunfo del día anterior, bien ajenos de suponer bríos en los españoles para tomar de nuevo la ofensiva, cuando al descubrir por distinto frente las primeras avanzadas contrarias, se turban y sobrecogen, dando tiempo á que nuestros soldados alcancen un sitio á propósito para fijar el pie y servirse de las armas con desembarazo. El capitán Castelo ataca las empalizadas briosamente; hace retirarse á los moros, y siguiéndoles de cerca enarbola su bandera sobre el baluarte. Los mahometanos, temerosos de ser acuchillados, huyen por un derrumbadero en cuyo precipicio hallaron muchos la muerte de que huían.

El capitán Becerra, conducido en hombros de dos soldados, á causa de no poderse sostener por sus heridas, impide con sus tropas que un numeroso grupo de moros llegue al baluarte donde tuvo lugar el combate del día anterior; los acomete, los arrolla y desbarata,

y aturdidos se precipitan por el despeñadero abajo, dejando el puesto libre á sus vencedores.

El sultán Corralat, herido de bala en un brazo, salvó la vida huyendo con su esposa y algunos de los suyos.

En lo más empinado del cerro hallóse gravemente herido al religioso Fr. Alonso de San Agustín, quien aún tuvo alientos para confesar á varios soldados moribundos, falleciendo él á poco en medio de crueles sufrimientos. Su muerte fué muy sentida. Tributáronsele grandes honras, acordando darle sepultura en el fondo del mar para que su cuerpo no fuera luego profanado por los moros (20 de Marzo), amortajándole el P. Mastrilli.

Al otro religioso lo habían muerto el día anterior, arrojando su cadáver á un hondo barranco.

Con la toma de tan terrible fortaleza se logró la libertad de muchos cautivos, entre los cuales había 31 chinos. Se cogió abundante artillería, armas y despojos de todas clases.

El fuerte fué destruído.

La población y embarcaciones quedaron reducidas á cenizas.

Los sargentos mayores González y Corcuera; los capitanes Castelo, Becerra y Ugalde; los oficiales Olaceran y Amezquita, y los padres de la Compañía de Jesús, Mastrilli (1), Vera y Barrios, portáronse como bravos durante la pelea.

(1) El P. Mastrilli regresó con el general Corcuera á Manila, pasando después al Japón, donde fué martirizado.

Acerca de la vida y muerte de este famoso jesuita, dan amplias noticias las *Historias* de los padres de la Compañía de Jesús.

Existen, además, los siguientes escritos, consagrados exclusivamente á dicho misionero:

También demostraron gran valor los indígenas que concurrieron al asalto.

Solemniizóse con una fastuosa procesión y con salvas de artillería la conquista realizada; y para sacar más fruto de ella despachó el gobernador al sargento mayor Pedro Palomino cerca de Moncay, rey de Buhayen, te-

Relación de lo que hasta ahora se ha sabido de la vida y martirio del milagroso *P. Marcelo Francisco Mastrilli*, de la Compañía de Jesús, martirizado en la ciudad de Nagasaqui, del imperio del Japón, á 17 de Octubre de 1637. Sacada de informaciones auténticas hechas á instancia del P. Bartolomé de Reboredo, de la Compañía de Jesús, procurador de los santos mártires del Japón, en la ciudad de Manila y Macan; de los que le conocieron y trataron en vida y se hallaron presentes á su dichosa muerte. Por el P. *Jerónimo Pérez*, de la misma Compañía. Manila, 1639. Esta *Relación* fué traducida al francés por M. Thevenot.

Vida del dichoso y venerable *P. Marcelo Francisco Mastrilli*, que murió en el Japón por la fe de Cristo, sacada de los procesos auténticos de su vida y muerte. Por *Eusebio Nieremberg*, de la Compañía de Jesús. Madrid, 1640: en 4.º

Historia de la milagrosa cura, vocación, misión apostólica y gloriosa muerte del *P. Marcelo Francisco Mastrilli*, por el P. *Lorenzo Chiflet*. Madrid, 1640: en 8.º

Historia de la celeste vocación á las misiones apostólicas y de la gloriosa muerte del *P. Marcelo Francisco Mastrilli*, hijo del marqués de San Marcavo, por el Rdo. *P. Ignacio Stafford*. Burgos, 1642; segunda edición, 1667. Traducida al italiano.

Vida y muerte del *P. Francisco Mastrilli*, de la Compañía de Jesús, por el P. *Leonardo Cinamo*. Impresa en italiano en 1645: en 4.º

Vie du père Marcelle F. Mastrille, S. J., par le P. *Louis Conart*. París, 1646: en 12.º Es traducción de la del P. Nieremberg.

Vida del *P. Mastrilli*, por *Enrique Lampayen*. Traducida al latín; 1647: en 8.º

Viaje del *P. Marcelo Francisco Mastrilli* á las Indias, por *Andrés Boere*. (Citada por Alegambe en su *Biblioteca jesuítica*.)

Algunas cartas del venerable P. Mastrilli, escritas poco antes que padeciese su glorioso martirio, y publicadas por *Fr. Vicente Justiniano*. (Citá de Pinelo.)

territorio situado al S.O. de Mindanao, sobre las orillas de la gran laguna, intimándole se rindiera y aliase á los españoles, so pena de obligarle á ello por las armas. Accedió Moncay, lleno de temor, á todo, incluso á hostilizar á Corralat, que le tenía usurpados buena parte de sus dominios; ofreció restituir los cautivos que en su reino había; asintió á que en su tierra levantasen presidio los españoles, y á que los religiosos predicaran el Evangelio á sus súbditos.

El 25 volvió Corcuera á Zamboanga, en donde suscribió el tratado que Palomino celebró con Moncay, acudiendo en representación de éste un hermano suyo, quien fué recibido por el general en jefe, rodeado de su estado mayor, tributándole honores regioes. Iguales tratados se hicieron con los régulos Ondol, Boto y Quindinga, de Basilan, isla tributaria de Joló (la antigua Taguima), á cuya isla fué destinado el padre jesuita Francisco Angel.

Tal prestigio alcanzó el jefe español, que 200 familias joloanas trasladaron su residencia á Zamboanga, fundando el pueblo de Magay, que aún subsiste.

Corcuera, antes de regresar á Manila, dispuso que una escuadrilla, tripulada por 100 españoles y 1.000 indios, al mando de los capitanes Juan Nicolás y Juan de León, reconociera todas aquellas costas para castigar á los pueblos rebeldes é intimarles la sumisión á España, acompañándoles el P. Pedro Gutiérrez (1).

(1) La campaña del general Corcuera contra los mindanaos ha sido objeto de luminosos escritos por parte, especialmente, de los padres de la Compañía de Jesús.

El P. Marcelo Francisco Mastrilli, en carta fechada en Tatay á 2 de Junio de 1637 y dirigida al P. Salazar, provincial de la Compañía de Jesús en Filipinas, describe su jornada en Mindanao y el desembarco y

conquista de esta isla por D. Sebastián Hurtado de Corcuera. Esta *carta* fué impresa en 1667, según Pinelo, con el nombre de *Historia de la conquista de Mindanao por los españoles*. También aparece en la *Relación del padre Bobadilla*. M. Thevenot la tradujo al francés.

Existen, además, las obras siguientes:

Memorial de la ciudad de Manila: 1637.

Historia de Mindanao, por el P. *Alejandro López*, de la Compañía de Jesús. Manuscrito: 1638.

Relación de la gran isla de Mindanao y de la conquista de ella por los españoles. Méjico, 1638: en 4.º Traducido al francés por M. *Thevenot*.

Relación de las gloriosas victorias en mar y tierra de D. Sebastián Hurtado de Corcuera, gobernador de Filipinas, contra Cachil Corralat, este año de 1638, por el P. *Diego de Bobadilla*, de la Compañía de Jesús. Méjico, 1638: en 4.º

Relación de los sucesos de las armas españolas por mar y tierra en las islas Filipinas y victorias contra Mindanao y los holandeses de Terrenate. Madrid, 1639: folio.

Sucesos de las armas españolas en Filipinas contra Mindanao, Terrenate y los holandeses. Madrid, 1639: folio.

Continuación de los felices sucesos de las armas españolas contra Mindanao, Terrenate y los holandeses: 1639.

Tratan también más por extenso el asunto los PP. Combes y Murillo Velarde en sus *Historias*, y siguiendo á éstos el P. Torrubia, el P. Concepción, el coronel Bernáldez y otros.

CAPÍTULO VI.

Vuelve el general Hurtado de Corcuera á Zamboanga.—Preparativos para la campaña contra Joló.—Va á esta isla.—Excusa el sultán cumplir sus antiguos tratados.—Desembarca el ejército.—Hostilidades de los joloanos.—Su tenaz defensa.—Dificultad de tomar la plaza.—Lógrase, al cabo de tres meses, volar un fuerte.—Muerte del datto Achén.—Esfuerzos de los sitiadores y de los sitiados.—Obras militares.—Ataques infructuosos.—Muerte del jefe de una de las columnas españolas.—Le sustituye el mayor Almonte.—Genio militar de este caudillo.—Estrecha el cerco, construye un fuerte y cañonea las posiciones enemigas.—Logra dominar con sus cañones la plaza.—Tratan de capitular los sitiados.—Intímales Corcuera la rendición.—Ríndense los macasares y basilanos.—Resisten los joloanos.—Rompen éstos contra el cuartel general.—Son rechazados y perseguidos.—Su terror en la huida.—Toma de Joló.—Logra salvarse el sultán.—Cae prisionera la sultana y sus parientes.—Excesiva confianza del general.—Escapan estos prisioneros.—Entrega al saqueo la población.—Manda reparar el fuerte y construir dos más.—Designa la guarnición de ellos.—Nombra á Almonte gobernador general de las fuerzas del Sur.—Regresa Corcuera á Manila.—Festividades por sus victorias.

En los últimos días de Octubre del mismo año 1637 volvió Corcuera á Zamboanga. Con actividad suma hizo todo género de preparativos para llevar á cabo su proyectada campaña contra Joló, cuyo sultán había despedido despreciativamente á los comisionados que le propusieron someterse á España.

Organizada la expedición, fondeó la escuadra frente á la isla de Joló el 4 de Enero de 1638. En el acto des-

embarcó el P. Gregorio Belín para requerir de paz al sultán, recordándole el cumplimiento de los antiguos tratados y su sumisión á España. Llevaba encargo de Corcuera de observar de paso la disposición de las defensas enemigas. Recibiéronle en la playa multitud de moros armados, quienes, no obstante mantenerse en actitud respetuosa, se negaron á permitirle el paso. El sultán le mandó decir que expusiera su embajada desde allí, contestando evasivamente á las exhortaciones del embajador.

El ejército expedicionario, embarcado en 80 buques, ascendía á 600 españoles y 1.000 indios. Para los servicios puramente mecánicos les acompañaba buen número de polistas. Iban como capellanes los padres jesuitas Pedro Gutiérrez, Juan de Barrios, Melchor de Vera, Francisco Martínez y Gregorio Belín. Al mes fué á unirse á éstos el P. Alejandro López.

Dividiéronse estas fuerzas en dos columnas, bajo las órdenes de los sargentos mayores D. Nicolás González y D. Juan de Cáceres. El primero efectuó su desembarco por la parte O. de la isla y el segundo por la del E., no sin que los piratas dejaran de hostilizarles. Defendían la plaza 4.000 joloanos y multitud de macasares y basilanos. Parapetados en sus fuertes, ejercían día y noche extremada vigilancia, contrarrestando de tal modo los esfuerzos de los sitiadores, que al cabo de tres meses de constante asedio únicamente lograron la voladura de un fuerte por medio de una mina, si bien esto ocasionó la muerte de 50 moros, y entre ellos la del datto Achén, que lo defendía: hecho importante á causa del extraordinario valor de este célebre pirata. Cuando la columna lanzada al asalto llegó á la brecha, la encontró defendida por valerosos joloanos. Espaldo-